





E. m C n.

Marques de Benavides

El Autor

POSICIÓN DE LA ORDEN CARMELITANA

EN LA HISTORIA DEL MUNDO Y DEL CRISTIANISMO

†
J. M. J. T.

Posición de la Orden Carmelitana en la Historia del Mundo y del Cristianismo.

ESTUDIO CRÍTICO

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL
P. Wenceslao del S. Sacramento, C. D.
EL DÍA 21 DE MARZO DE 1911, EN EL CENTRO
== DE DEFENSA SOCIAL DE MADRID ==

(CON LICENCIA)



ESTABLEC. TIPOG. DE JUAN PÉREZ
MADRID. - PONCIANO, 2. - 1911



AL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. JOSÉ MARÍA SALVADOR Y BARRERA

OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

Excmo. Señor:

Reciba V. E. este obsequio que mi pequeñez le tributa como sincero homenaje de admiración, respeto y gratitud por sus admirables defensas de las Ordenes Religiosas.

La Orden Carmelitana, cuyos orígenes, expansiones y porvenir examino en la presente Conferencia, ha visto nacer á todos los demás Institutos y sobrevivirá á todas las catástrofes que los esperan. Por eso encierra un fondo de grandeza digno de ser ofrecido al invicto campeón de tan santa causa, cualquiera que sea la censura que mi exposición merezca.

Comprendo, Excelentísimo Señor, las amarguras y sinsabores que en el bondadoso corazón de V. E. ha instilado el espíritu de rebeldía que se respira á grandes dosis en el ambiente social y comprendo las enormes dificultades que ese mismo espíritu puede crear á los hombres de fe, de acción y de autoridad, por ello le dedico este mi primer trabajo que por circunstancias especiales doy á la imprenta, deseando que vea en él V. E. mi inquebrantable propósito de servir á la Iglesia y mi incondicional adhesión á las disposiciones de mi Obispo.

Estoy completamente cierto de aquella verdad: «El que á vosotros oye, á mí me oye.» Y oyendo á Cristo, ¿qué me resta saber?

Besando el santo y pastoral anillo de V. E., implora su bendición,

EL AUTOR.



SEÑORAS,

SEÑORES:

Antes de dar cumplimiento á la honrosa misión de dirigir la palabra á este Centro tan acreditado ante el mundo, por la sumisión al Episcopado, que forma el fondo de vuestro carácter, me habéis de permitir, señores, que exprese mi sincero agradecimiento á la Junta directiva de la Defensa Social, por la fina deferencia que ha tenido con la Orden Carmelitana, y con el último de sus alumnos, confiándome á mí la ardua empresa de dar á conocer á los detractores, los méritos de esta Orden, realmente veneranda, por su antigüedad y por los combates que ha venido librando á través de los siglos en beneficio de la cultura humana. Agradecimiento, señores, extensivo á todas y cada una de las honorables personas, que integran esta colectividad por las brillantes campañas que realizan en defensa de los intereses sociales, morales y religiosos de nuestra Patria, tan querida de sus hijos buenos, como desgraciada la hacen los que olvidándose de los sacros deberes de patriotismo generoso la conducen al precipicio, empujándola por el plano inclinado de los intereses particulares siempre egoístas, como el interés de todos aquellos desgraciados á quienes con razón censuran las historias con el estigma de traidores.

Señores, aborrezco cordialmente la hipocresía; por

esto mi agradecimiento á todos los que defienden la causa santa, sea cualquiera la comunión política á que estén afiliados, es sincero, cordial, sin reservas de ninguna especie, como saben tenerle las almas francas educadas en la escuela de aquella gran maestra, á quien tanto enojaban los espíritus dobles.

Os felicito, pues, en vuestra obra, bendecida por nuestros Prelados y santificada por la aceptación de Dios, que ha de ayudaros en la brillante iniciativa de dar á conocer los méritos, que las Ordenes Religiosas han contraído en presencia del cielo y de la tierra, delante de la sociedad de los ángeles y de las sociedades humanas, por su labor civilizadora, tan incesante á través de los siglos y tan fecunda de positivos resultados en beneficio de la cultura contemporánea. De las Ordenes Religiosas han brotado los hercúleos esfuerzos que detuvieron en los siglos medios, el torrente de la ignorancia que amenazó sepultar á la Europa en sus ondas imponentes. En ellas vivieron y viven los hombres mejores, que realzan nuestra especie con sus heroicas virtudes; á ellas pertenecen en gran número los hombres de talento y de corazón, que tanto han contribuído con su calor y su fuerza al desarrollo de esos gérmenes de perfeccionamiento ético, religioso y social que la palabra fecunda del Verbo de Dios depositara en el seno mismo de la unidad católica, para que mediante la cooperación del hombre á la acción del Espíritu, madurara el bienestar humano, como en el regazo de la madre madura el fruto de sus entrañas.

Pretende el mundo desconocer estos méritos, y excita de nuevo la vesania persecutoria; más vosotros, que sabéis daros la razón de las cosas, habéis comprendido que la excitación esa, es el delirio de cerebros enfermos, y que la campaña emprendida contra los Institutos monásticos, es el detalle de un ataque audaz, dirigido contra ese organismo vigoroso que se llama Iglesia católica, cuyo co-

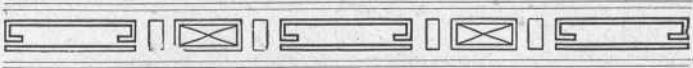
razón y enjundia, son las Ordenes perseguidas. Alabo, señores, vuestra perspicacia y os alabo con mayor motivo, viendo que vuestra persuasión, lejos de ser estéril, tiende á realizarse, organizando las fuerzas católicas, bajo la bandera de la autoridad, cuyos sentimientos exploráis, y cuyos impulsos os animan para formar la falanje del Catolicismo español. Señores: Acordaos; la falanje macedónica si fué destruída, lo fué por su previa división. Un desacato á la autoridad les llevó á la derrota. Permaneced siempre adheridos á la autoridad del Episcopado, ejecutando sus órdenes y ocupando arma al brazo, los puntos estratégicos que os manden asaltar; no desconfiéis del éxito, porque en la lucha os acompaña la fuerza de Aquel que dijo: «Do quiera que se hallan congregados dos ó tres en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Ved ahí el secreto de nuestros éxitos. Todo lo podemos en Aquel que nos conforta.

Comprenderéis, señores, que mi Conferencia no debe versar sobre este asunto, si bien encierra capital importancia en este momento. Traigo otro objeto. Mi fin es cantar las magnificencias de Dios derramadas por la Historia del Mundo y del Cristianismo y recogidas en parte por una Orden Religiosa que, con solo pronunciar su nombre, sienten los que la conocen derramarse por las venas del alma el escalofrío del sublime; objeto es este en sí mismo limitado, pero que sus límites se pierden de vista en la penumbra opaca del tiempo y del espacio; es un Instituto que cuenta treinta siglos de existencia, extendido por todo el mundo; se una Orden que ha sido en todas las épocas de su larga vida, objeto de una simpatía rayana en la veneración y de un odio que parece inmortalizarse con ella; es una colectividad, en suma, contra la cual han ido á chocar un siglo tras otro todas las furias del error y de las pasiones y que sin embargo no ha perecido. Vedla, está aquí, en medio de vosotros. Está delante. Os habla ahora. Porque de ese ro-

busto y eterno organismo, yo, que os hablo, soy un átomo.

¡Espíritus investigadores que gustáis de los grandes espectáculos! Escuchad un momento y veréis uno en la Orden Carmelitana viviendo en la historia del pasado y del porvenir.





I

Los orígenes.

Empiezo, señores, el desarrollo de mi tema bajo la influencia de un peso abrumador; Atlante podría sostener sobre sus hombros el peso de los mundos; yo desfallezco llevando en este momento sobre mi cabeza el orbe carmelitano. Circunscribo, pues, su esfera preguntando: ¿Qué significa la Orden de María Inmaculada en la Historia Universal y Eclesiástica?

Entiendo que podemos vislumbrar su posición histórica investigando sus orígenes, siguiéndola siquiera sea desde lejos en sus expansiones, reflexionando sobre las líneas generales de su acción civilizadora y profetizando su éxodo. ¿Cual es, pues, el origen de la Orden de María? ¿Qué ha hecho en el mundo? Ved aquí, señores, dos cuestiones que despiertan vivo interés desde que se proponen y cuya solución se halla escrita en centenares de fragmentos, pequeños pero luminosos, diseminados, como luz difusa, en las obras de historiadores antiquísimos y en las páginas de la *Escritura Divina*.

La crítica contemporánea, con su espíritu demoledor, vió este vetusto edificio, archivo heráldico, museo arqueológico de los blasones monásticos, rechazados por el protestantismo, como invención moderna de la Iglesia católica; le vió tan viejo, que á su parecer se cuarteaba; hincó

la piqueta para destruirle, pero aquellos paredones, enmohecidos por la intemperie de veinticinco siglos, tenían su base sobre la roca dura y ni aún se conmovieron. La piqueta chocó contra la roca. Su acero hizo lumbre, porque desde la oposición crítico-protestante, tenemos más elementos para nuestros juicios acerca de la presente investigación.

Es notable, señores, que los impugnadores de la antigüedad del Carmen, todos ellos posteriores á la absurda reforma luterana y la inmensa mayoría educada en alguna de las confesiones similares, han incurrido en una serie interminable de desaciertos cuando los apologistas de la antigüedad del Monácata les preguntaba por el origen de la Orden Profética.

Muchos de ellos eludieron la cuestión tomando el expediente de dejarla incontestada. Pero este expediente es la explícita confesión de la derrota. Rehuir no es resolver. Por eso, otros más sinceros señalaron como fundador á San Alberto, otros al patriarca Aimerico, algunos á San Simón Stok; no falta quien dá ese honor á Juan Silvano, Patriarca de Jerusalén, pero todos sufren lamentables equivocaciones, como os haré ver después de señalaros la causa de sus extravíos. Esta es la exageración exclusivista de detalles.

¿Me explico?

Evocad el recuerdo de una joya de arte; pasad por vuestra mente las vicisitudes que ha sufrido esa gran Basílica cuyo crucero *más parece obra de ángeles que de hombres* (1), y que como joya había de estar en caja y cubierta con *funda*, la catedral de Burgos (2).

Si en defecto de otros datos en los tiempos futuros una comisión de arqueólogos visitase el monumento para se-

(1) Felipe II.

(2) Carlos V.

ñalar el tiempo de su construcción, no tendrían otro criterio para juzgar de la fecha que los datos reunidos en sus paredes y torres. Y bien; reid si os place los despropósitos de aquel amante del arte que fijándose en los innumerales adornos del churriguerismo más osado de que se halla atestada la gigantesca masa de la capilla de Sta. Tecla, concluyera que la construcción de la bellísima catedral data del siglo XVIII, ó el de aquel otro que exagerando la importancia del estilo ojival florido de la suntuosa capilla del Condestable, terminara diciendo que todo el conjunto es obra del siglo XV, ó el de aquel que observando las filigranas del crucero sorprendiera en la clave la fecha de 1567 en graciosísima arandola diera por concluyente que toda la catedral es obra del siglo XVI. Señores, no tienen derecho esos arqueólogos para abusar de la lógica; los detalles sí; serán del tiempo que dicen, pero lo principal no, porque otras observaciones les harían remontar en sus cálculos hasta el siglo XIII.

La misma censura debemos dirigir á los críticos modernos que han pretendido solucionar los orígenes de la Orden Carmelitana. Han dado excesiva importancia en perjuicio del conjunto á las restauraciones de S. Simón Stok, de S. Alberto, de Aimerico, de Juan Silvano, de S. Antonio y de S. Pacomio. Porque todos estos grandes hombres fueron restauradores de la Orden, fueron genios que dejaron señales de su arte particular en la gran Basílica se educaron en el augusto templo y como discípulos aprovechados, edificaron una capilla, levantaron un altar, pintaron un lienzo, grabaron un asunto, retocaron una bóveda, construyeron un retablo, esculpieron una imagen, dejando allí su recuerdo con arte inimitable, pero no fueron ellos lo que concibieron el diseño, ni abrieron las zanjias, ni elevaron sus paredes, ni fundaron sus columnas, ni cerraron sus bóvedas, ni edificaron sus torres. Las restauraciones que aquí se ven son de gusto latino. El diseño

primitivo y la ejecución originaria, son, á todas luces, de estilo y sabor hebráicos.

Recientemente un insigne carmelita inglés, célebre en Europa por sus trabajos crítico-históricos, ha impugnado la tradición carmelitana, que se gloria de poseer con ella un título legítimo de filiación profética. Mas el P. Zimmerman halló un correctivo en otro carmelita inglés, el Padre Rusche, joven religioso, de grandes esperanzas para las letras históricas, y en el P. María José, del Carmelo, de Bélgica. Los que hayáis leído los *Monumenta histórica carmelitana* del P. Zimmerman, no presumáis hallaros en posesión de los datos necesarios para formar un juicio exacto de la antigüedad de esta Orden veneranda, si no habéis examinado los datos que aportan estos dos críticos carmelitas.

A pesar de no ser esta Conferencia ningún estudio crítico no puedo prescindir de algunas observaciones de índole crítico-histórica, y debo el deciros, que utilizo las investigaciones de un centenar de historiadores y críticos, antiguos y modernos, desglosando algunos testimonios de los infinitos que acumulan para haceros ver que la Orden Carmelitana es la primera del Catolicismo y la única de la Sinagoga. Su antigüedad es de unos dos mil novecientos años.



No es todo luz en esta discusión. La sucesión Eliana está mal estudiada en esos opacos días que corren desde el año 900, antes de Jesucristo, hasta el tiempo de las Cruzadas. La crítica adversa oculta sus sistemas en esas lagunas de la Historia, como la víbora oculta sus hijos entre malezas. En la época de las Cruzadas aparece la Orden Carmelitana en plena luz. Los Carmelitas estaban en su retiro diseminados, por Palestina, y amparados por la exi-

gua tolerancia mahometana. Allí los encontraron los cruzados, y escriben al Soberano Pontífice grandes elogios de sus virtudes el Obispo de Nicosia y los grandes Maestres de los Templarios y de San Juan de Jerusalem, describiendo las muchas calamidades y miserias que padecían oprimidos por las hordas feroces de Islan, é insisten que su origen no era conocido—*existian a tempore cujas non extat memoria*. Escribían el año de 1283.

Se ha dicho que el origen carmelitano hay que buscarle en el siglo XII, durante el pontificado de Alejandro III (1180); pero se confunden esos críticos. Alejandro III *confirmó, aprobó la regla* compuesta por Aimerico, legado á la tere de la Santa Sede en Tierra Santa, en la cual introduce el generalato de la Orden, según la costumbre de los latinos, porque lo mismo Aimerico que su pariente Bertoldo, encontraron la Orden existiendo en medio de las contradicciones agarenas, como dice en su *Cronología* el Cardenal Belarmino, y el jesuíta Bussieres (1).

Pocas noticias tenemos de la Orden durante los cuatro siglos que transcurrieron desde la invasión de Cosroas y el califato de Omar, año 633, hasta la restauración cristiana de Bullón (1099). Nuestra historia en esos cuatro siglos se parece á un árido desierto en que el viajero encuentra, á largas distancias, separadas por un mar de arena, algunas macetas de verde césped, cuya hierbecilla se marchita al contacto del huracán abrasador. Es una era de sombras, como acontece en todas las historias de la Edad Media. Sin embargo, en esa árida estepa se ven, á grandes distancias, las piedras miliarias del camino que recorría, llena de abatimientos, persecuciones y lágrimas la Orden de María.

Era el año de 617 Cosroas, rey de Persia, cae con sus ejércitos sobre la Siria, como enjambre de langostas, saquea á Jerusalén, y se lleva cuanto precioso encerraba en sus muros. Con ser tan grande el odio que el persa profesa-

(1) 2 p., flor., hist., anno 1170.

ba al nombre cristiano, su crueldad con los monjes se ejerció con verdadero furor. No me detengo en amplificar, los excesos del rey bárbaro. Leed, si queréis su descripción, lúgubre y sentimental en las homilias y lamentaciones de Antioco, monje de aquel tiempo de la laura de San Sabas y que se encuentran en las bibliotecas de los SS. PP. Hubo mártires innumerables, pero entre todos descuella el martirio de San Anastasio, monje de la laura del Carmelo, cuya sangre, como la del inocente Abel, se levantaba al cielo pidiendo reparación, que obtuvo de la Divina Providencia, deparando un David que quebrantara las sienes del gigante. El emperador Heraclio le rindió, cortó su cabeza y ató el tronco al carro triunfal de los griegos acabando para siempre con la soberbia persa.

Esta victoria, que dió aliento para reponerse á la perseguida matrona, fué el principio de nuevos dolores.

Empieza la cerrazón de la tempestad y las lúgubres sombras de una prolongada noche de cuatro siglos, con el califato de Omar. El año de 636, al frente de un poderoso ejército de sarracenos, cae sobre Palestina, y lo que había dejado la langosta lo consumió el granizo.

La persecución de Omar arrasó con feroz intransigencia aquellos treinta monasterios, que diseminados por las apacibles riberas del Jordán, ó escondidos entre el follaje del Líbano, ó esparcidos por las verdes llanuras de Engaddi, obedecían como á supremo jerarca, á San Jacobo Prophirionita, Abad del monasterio de la Santa Montaña, como refiere Bolando (1) y otros cien. Los esbirros del Califa caen sobre aquella floreciente provincia carmelitana, saquean sus riquezas, arrasan sus Iglesias y matan á sus religiosos.

El abad Tritemio, monje eruditísimo, sumamente versado en las antigüedades eclesiásticas, hace verdaderos esfuerzos para contar aproximadamente el número de nues-

(1) 28 Jan actis Sant.

tros mártires en esa época, y lamentándose de no poder conseguirlo, exclama: *Si alguno pudiera contar las estrellas del cielo, ese podrá contar los santos de la Orden Carmelitana.*



No creais, señores, que la Orden se extingue durante esta larga tiranía de cuatro siglos. Por una parte, la política sarracena comprende que nada puede sacar en favor del Korán con su procedimiento de intransigencia, firma una tregua de paz y permite que los monjes vivan en el Carmelo con la pueril condición de modificar su hábito.

Sabéis perfectamente que los santones del islamismo visten un largo manto blanco semejante al que llevan los religiosos carmelitas, y para que el pueblo los distinguiera les obligó el califa á adornar el manto carmelitano con unas franjas de color pardo. Así lo hicieron, y conservamos en efecto estatuas y pinturas de aquella época, en las cuales podéis ver esa modificación. Así es cómo nos servimos de la iconografía para llenar el inmenso espacio de nuestra historia en que escasean los datos. Por otra parte, señores, las persecuciones agarenas inician una era nueva de emigración. Los Carmelitas llegan á Europa en el siglo VIII.

Cuando menos se esperaba convencer á los adversarios de nuestra antigüedad, aparece un contrato de cesión de un solar, en el cual se fundó el convento de Florencia. En ese instrumento auténtico aparece el nombre del compasivo Obispo que les cedió el terreno y de siete religiosos, con el título de ermitaños del Monte Carmelo. Expresa, además, la causa de su emigración, pues dice que *venían huyendo de la persecución de Omar*, y señala la fecha de 743. En el mismo siglo se funda el convento de Pisa. En el siglo IX, como aparece en un contrato de venta,

año de 838, se levanta otro en Leocata de Sicilia, y el de San Martín in Montibus de Roma el de 852, en cuyos subterráneos se encontraron en el siglo XVII dos imágenes de santos Carmelitas con sus capas barradas, según el capricho de los tiranos orientales. En el siglo X, como testifica Luis Jacobello (1), fundaron el convento de Perusio. En el XI año de 1045, el de Bopardia, una villa de Alemania junto al Rhin. De esta villa fueron los Carmelitas los primeros párrocos. En 1098 se abren los cimientos del insigne convento de Colonia, y en el de 1099 el Sr. de la Lande los introduce en Francia.

He aquí, señores, cómo llenamos las inmensas lagunas de nuestra existencia durante cuatro siglos de tinieblas. ¿No merecen entero crédito esos fragmentos cuidadosamente guardados como mudos testigos de la propiedad de un puñado de tierra? Sin duda que sí. Esos contratos de fundaciones, esos títulos de propiedad guardados con tanta solicitud, nos han puesto al corriente de muchas cosas y nos sirven para señalar con el dedo la continuidad de la Orden. Podemos con títulos auténticos decir á nuestros detractores: Ved esos pergaminos amarillentos y carcomidos que enriquecen nuestra paleografía. Ellos os dicen, que la Orden Profética, perseguida en el Oriente, emigró en algunos de sus hijos á las hospitalarias regiones occidentales, y que la Italia, la Alemania y la Francia, abrigaron en su seno desde el siglo VIII al XI á la Orden de María.

En el siglo VI nos hallamos otra vez en plena luz. Las treinta lauras que en Siria y Palestina obedecían al abad del Carmelo, como Lezana y Bolando testifican, representaban un verdadero apogeo de la Orden; pero permito haceros una revelación: Los Carmelitas en ese siglo estaban también en su apogeo en las Islas Británicas y en nuestra España. ¿Conocéis á aquél paciente investigador de la Orden Benedictina, aquél crítico tan sa-

(1) Annal-Umbrie-950.

gaz como sincero, el célebre historiador del *Apostulatus Benedictorum*? Pues ese, ese crítico, señores, es quien lo dice Clemente Regner, sorprendido ante la novedad de que ya había monjes en Europa antes de San Benito y en gran número vivían en Inglaterra y en Escocia antes de que llegara San Agustín y sus compañeros, examina detalladamente su genealogía y afirma con plena seguridad que eran de la Orden Carmelita.

¿Queréis más luz? No ignoráis que en el siglo VI empezaban á brillar San Leandro y San Isidoro, monjes, Abades y después Obispos, lumbreras de nuestro Episcopado, de nuestros Concilios, de nuestra Ciencia y de nuestras tradicionales Instituciones. ¿De qué Orden eran esos Abades, esos monjes del siglo VI? Los Carmelitas decían que esos astros que tanto lucen en el firmamento de la Iglesia hispana, habían tomado su luz del foco profético. Decían que eran suyos, como asimismo el monasterio Agaliense de Toledo, donde se educaron, pasaron su juventud y le gobernaron. Pero el patriarca de la historia española, que tantos acontecimientos desenterró, el P. Mariana, entendió que tanto el monasterio como los santos Abades eran Benedictinos. La oposición no puede ser más terminante. ¿Qué hay de verdad, señores?

Es preciso notar que el P. Mariana escribía en el siglo XVI. Es decir, cerca de mil años después que aquellos astros se extinguieron en sí mismos, aunque brille aun su luminosa estela. En ese siglo no existía ya el monasterio Agaliense. Mariana habla de su perímetro y del solar en que se levantaba, haciendo conjeturas. Es un testigo bastante lejano de los sucesos. ¿No habrá quien nos dé luz en esta controversia? Un autor coetáneo de San Isidoro, de gran reputación, ¿podría resolverla con su dictamen? Por ejemplo: ¿sería suficiente la autoridad de San Ildefonso? ¿Creéis que este santo pudiera ignorarlo? ¿El que tanto estimó á los dos santos hermanos, que hizo sus monografías, que

fué su discípulo? Yo, señores, no sé si por un defecto censurable que se dice curiosidad, ó por un espíritu recto de investigación, cuando durante mi carrera literaria y científica tenía que escuchar lecciones de un nuevo maestro, lo primero que hacía era enterarme de sus cualidades de su país natal, y de todo lo que podía afectarle. Y esto mismo haríais vosotros. Sí, ya me lo indicáis en el movimiento de vuestra cabeza y en la sonrisa de vuestros labios. Pues esto mismo hizo San Ildefonso con sus maestros para no escribir absurdos en las biografías de esas dos antorchas encendidas en la Iglesia hispana. Y bien, ¿cuál fué el sentir de este santo? En un epitafio (1) que compuso para grabarle en el mármol que había de cubrir las cenizas de sus venerados maestros, se expresa de esta manera:

CRUX HAEC ALMA GERIT SANTORUM
CORPORA FRATRUM,
LEANDRI, ISIDORIQUE, PRIORUM
EX ORDINE VATUM

En gracia vuestra, señoras, que no sabéis latín, traduzco el epitafio para que comprendáis la fuerza del argumento. Dice así:

«Esta santa cruz custodia los cuerpos de los dos santos hermanos, Leandro é Isidoro, de la *Orden de los antiguos Profetas*».

Señores. ¿Está claro? Entre la autoridad de Mariana y la de San Ildefonso, yo me quedo con ésta bajo todos los aspectos que se la considere, infinitamente más aceptable en el punto controvertido. Si; para muchos de vosotros es-

(1) No puede negarse antigüedad á este epitafio, ni tampoco desecharse como obra genuina del Santo, por hallarse en la colección del pseudo-Juliano, toda vez que antes de ese sospechoso colector, se encuentra como obra genuina del Santo en la Historia de S. Isidoro, compuesta por D. Lucas de Tuy.

tos conceptos tienen fuerza de una revelación, Carmelita fué S. Leandro, Carmelita San Isidoro. Las obras de este coloso investigador, verdaderamente enciclopédico, y toda la influencia social, política y religiosa que este santo polígrafo ha ejercido en España y en el mundo, nuestra es, porque esa antorcha se encendió en el foco del corazón de María Inmaculada en su Orden del Carmen.

*
* *

Encuentro, señores, que esta denominación de la Orden ha sido la que en todo tiempo prevaleció para designar á los Carmelitas, lo mismo á los antiguos de la Sinagoga que á aquellos que vivieron en los primeros siglos de la Iglesia. Hoy es también de actualidad y necesaria para comprender bien nuestra sucesión Eliana. Habéis oído á San Ildefonso que llamaba á nuestro instituto Orden de los Profetas, sin duda para distinguir á nuestros monjes de los Agustínianos, y de los monjes Benedictinos, Basilio y Antonianos; lo mismo ocurre con Rufino (1) hablando de San Espiridio *vir unus ex Ordine Profetarum*, y con Eusebio (2) describiendo la floridísima iglesia de Antioquía, en donde dice vivían *Prophetici Ordinis viri quanplurim*, con San Jerónimo, escribiendo á Paulino (3) y á Rustico; y, en fin, con Josefo diácono antioquino (4) narrando el Apostolado de los hijos de los profetas en la Iglesia primitiva.

Hecha esta advertencia de capital interés, prosigamos nuestra investigación río arriba hasta llegar á la fuente de donde brota este torrente de vida religiosa.

En el siglo IV aparecen otras dos antorchas Carmelitanas: Juan Silvano, patriarca cuadragésimo cuarto de Je-

(1) Lib. 1, historia, cap. V.

(2) Lib. 2, cap. 3, Hist. Eccl.

(3) Ep. 13.

(4) *Apeculum militi eccle.*, cap. 12.

rusalén, legislador é historiador de la Orden, y el insigne San Cirilo, doctor de la Iglesia y patriarca de Alejandría, el impugnador de Nestorio y defensor de la maternidad de María, aquel insigne teólogo que en el Concilio de Efe-so representó á la Santa Sede y que dictó los anatemas, que sacro aprobante Concilio hundieran en el polvo las inconveniencias nestorianas, y á quien el pueblo, agradecido, le llevaba en hombros por las calles de la ciudad cantando aquella adición del Ave María: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores.*

En el siglo IV florece San Basilio el Grande, cuyos biógrafos nos dicen que recorrió las aulas de los más insignes filósofos de Constantinopla y Atenas, y no hallando en la ciencia humana satisfacción á sus deseos, se retiró al desierto y visitó los monasterios más famosos de la Siria, del Egipto y de la Libia. Es decir, que la Orden de San Basilio y lo mismo digo de la Orden de San Antonio Abad, no han sido las primeras, toda vez que suponen muchos monasterios ya florecientes, con cuyos monjes conversaron y de los cuales pudieron aprender la vida monástica; son estas Ordenes como reformas de una más antigua; ramas nuevas que brotan de un tronco más viejo, frutos maduros que se desgajan de una vid gigantesca extendida por el Oriente. ¿Cuál era, pues, la Orden á que pertenecían esos monasterios que visitaron San Basilio y San Antonio? Señores, insignes críticos contemporáneos nuestros, dicen que era la Orden profética. No cito en particular sus testimonios, pero no puedo prescindir del testimonio de un hombre, de un doctor exímio, erudito en el conocimiento de las antigüedades eclesiásticas, y que vivió en Belén en un monasterio de la Orden de San Antonio. Ese crítico sagaz es San Jerónimo, el cual, en una carta á Paulino le dice: «Los príncipes de nuestro Instituto son los Antonios y los Pablos..., pero ateniéndonos á la autoridad de las Escrituras (históricas), nuestro

príncipe es Elías, nuestro Prepósito es Eliseo, y *nuestros jefes y capitanes los Hijos de los Profetas.*



Hemos llegado á los tiempos apostólicos. Nuestra laboriosa investigación nos ha conducido á través de la obscuridad de los tiempos siguiendo una por una las piedras miliarias que iba dejando á su paso por la Historia la Orden de María. Cesan ya todas las diferencias ó distinciones del estado monástico; San Benito quedó atrás; San Jerónimo y San Agustín, quedaron atrás; San Antonio y San Basilio, quedaron atrás; y, sin embargo, durante los dos siglos posteriores y en los dos anteriores y durante el siglo de Jesucristo, un hecho inmenso, de suma importancia bajo el punto de vista universal histórico y particular eclesiástico, ocupa la atención de los historiadores hebreos, cristianos y gentiles. Hablan de él con encomio lo mismo Rufino, Josefo antioqueno, y Eusebio de Cesárea, que Filón, Josefo Flavio, Plinio el naturalista, Livius, Solino, Juliano el apóstata, algunos libros apócrifos ó anticanónicos, y los canónicos de la Escritura Sagrada, los Hechos de los Apóstoles y los libros de los Macabeos. Ese hecho está representando un apogeo heroico del Monacato, acontecimiento considerable, porque dura cinco siglos, le recuerdan autores de distintas confesiones, de valía inmensa, de sinceridad y á veces de erudición por todos reconocida. Hablan con Filón y Flavio de unos hombres de vida original que vivían en perpetua continencia separados del bullicio de las ciudades, entregados al estudio, á la oración, á la penitencia y á la vida de comunidad, y hablan con tales detalles de esta vida, que basta fijarse en los capítulos de la regla Carmelitana para cerciorarnos que San Alberto, al compilarla, parece tuvo presente los ras-

gos de esos monjes historiados por gentiles, hebreos y cristianos, extendidos por Egipto, Palestina y Siria, á no ser que digamos trasladó á esa regla las normas de vida que halló escritas en las costumbres de los ermitaños del Carmelo, como Filón la encontró escrita en el corazón de los Esenos. Juliano el apóstata habla de estos hombres con respeto y todos los historiadores citados con entusiasmo. Eran de raza hebrea; por el año 60 de Jesucristo observaban aún las tradiciones legales del pueblo judío, pero ya eran cristianos. Los terapeutas, como dice Filón, eran la porción contemplativa de los Esenos. De ellos brotaron posteriormente las reformas de San Pacomio y de San Antonio Abad.

¿Quiénes eran estos monjes de vida tan singular y edificante? Eran los mismos que aquéllos (1) *viri religiosi* que en tan gran número se hallaban congregados en Jerusalén en la festividad de la Pascua, en la cual Jesucristo, nuestro delicioso maestro, expió los pecados del género humano? ¿Eran los mismos á quienes el Apóstol San Pedro en uno de sus sermones llama *Hijos de los Profetas* y de los cuales convirtió un número considerable? ¿Eran aquéllos á quienes San Marcos en Antioquía congregó con tanta facilidad y redujo á la fe evangélica, creando con su cooperación la brillante iglesia en donde los llamados discípulos de Cristo empezaron á llamarse cristianos? A estas preguntas no pueden responder ni Plinio, ni Josefo Flavio, ni Filón, ni San Lucas en los hechos de los Apóstoles; pero Eusebio y Josefo antioqueno lo suficientemente próximos á los hechos para darse cuenta de estas cuestiones y lo precisamente distanciados para abarcar de un golpe de vista estos extremos, nos dicen á una voz, esos monjes que tanta celebridad adquirieron en el mundo, son de la *Orden Profética* (2). En tiempo de los Macabeos estaban sumamente acredita-

(1) Act., ap.-2.

(2) Eusebio, Hist. Eccl. lib 2, cap. 3 y et alliis locis.

dos delante del pueblo, tenían muchísima influencia y siguieron á Matatías en su retirada á Modiu; formaban en aquella época lo que pudiéramos llamar la Sinagoga pequeña en la Sinagoga grande; es aquella Sinagoga *Asidæorum, fortis viribus ex Israel, omnis voluntarius in lege* (1), y de los cuales asesinó *setenta* el pérfido Alcimo. Son los mismos que aquellos *varones religiosos* á quienes exhortan á bendecir á Dios, en medio de las angustias de la cautividad babilónica, y entre las llamas del horno encendido, Ananías, Misael y Azarias al fin de su himno Benedicite como interpretan San Ambrosio (2), San Epifanio (3), y el Damasceno (4). Son, señores, aquellos mismos á quienes el profeta Miqueas (5), vaticinando la desolación de las provincias palestinas y el castigo universal de aquel pueblo llama *grey de la herencia divina*, porque *habitaban solos en las cuevas del Carmelo, en Basán y en Galaad*. Son aquellos á cuyo celibato voluntario y puntualidad en la observancia de la Ley promete Isaías (6), grandes recompensas y cuyas obras de superrogación celebra el Profeta de las lágrimas, y elegías (7). Son, en fin aquellos á quienes la Sagrada Escritura llama repetidas veces *Hijos* ó *discípulos de los Profetas* y cuya línea ascendente de siglo en siglo puede seguirse con la Escritura divina desde el tiempo de Jesucristo hasta Eliseo y Elías, fundador del Monacato en el testamento viejo, fuente, origen de ese torrente de vida religiosa, de ese mar de santidad de donde las demás Órdenes han tomado su norma de vivir, modificada según las necesidades de la época en que se fundaban y de los particulares fines de sus fundado-

(1) 1, Machab, 2.

(2) Libro 10, ep. 82.

(3) Vit-Dan.

(4) Lib. 4, de fide., cap. 25.

(5) Cap. 7.

(6) Cap. 56.

(7) Jeremías, 35.

res (1). Así es, señores, cómo la Orden Carmelitana demuestra su continuidad desde el anacoreta de Horeb y del Carmelo, no ya con tradiciones, sino con testimonios históricos, señalando los eslabones de su cadena y diciendo: mi posición en la Historia del mundo podéis conjeturarla por mi ancianidad; he vivido treinta siglos, y los años no han blanqueado mi cabeza. Soy joven aún, durante dos mil ochocientos años de existencia, he visto mucho, he sufrido mucho, he derrochado una fuerza inmensa en las luchas que he debido sostener contra el error y las pasiones humanas. Durante ese lapso de tiempo que me inmortaliza no estuve ociosa, he derramado á manos llenas las bendiciones de la verdadera y sólida civilización, como veremos en la segunda parte de esta Conferencia.

(1) Los que niegan esta antigüedad se oponen á la corriente de la tradición, de la historia y de la Iglesia, que en perfecta armonía la aceptan. Está sostenida por la autoridad de unos 25 críticos de la Orden Dominicana. No bajan de ese número los de la Compañía de Jesús que la defienden entre los cuales se halla el bolandista Carpentier (m. 1870), refutando á Papebrok. De la Orden de San Benito hay varios que tomaron á conciencia la cuestión, y cuyo sentimiento se resume en la convicción de dom. Gueranger, abad de Solesmes, el cual la hallaba tan cierta, que se propuso razonarla *hasta la evidencia*, cuando le sorprendió la muerte. Los críticos de la Orden son sencillamente difíciles de enumerar. De otras Ordenes se citarán en lo sucesivo. La antigüedad de la Orden Carmelitana tiene pues vigor de causa juzgada.





II

La Acción.

Ahora, señores, que os habéis compenetrado á ciencia cierta de los orígenes de la Orden Carmelitana, y la habéis visto nacer en las montañas del Carmelo y de Horeb, debía empezar yo la presente Conferencia, para disponer de todo el tiempo, y explicar, á grandes rasgos, el desarrollo, la expansión, los apogeos, los progresos y vicisitudes de este organismo secular. Como habéis visto, sus dimensiones en el tiempo y en el espacio, no hablaré más de su material desarrollo; me fijaré exclusivamente en su acción civilizadora durante los tres apogeos que ha tenido en su historia, apogeo profético, apogeo apostólico y apogeo teresiano. ¿Qué ha hecho la Orden profética en beneficio de la civilización humana? Os responderé.

Esa Orden veneranda no ha hecho más á través de los siglos, que *orar* por la sociedad, *sacrificarse* por la sociedad, *enseñar* al mundo la fe y la moral, y *luchar* para sostener en el cumplimiento de sus deberes á reyes y á vasallos, á grandes y pequeños, á negros y blancos. Oración, Sacrificio, Enseñanza, Lucha. Ved ahí todo lo que ha hecho en el mundo la Orden de María.

Y en primer término os digo, que el beneficio mayor aportado á la cultura, y el mayor obsequio que ha hecho á la humanidad, ha sido la oración.

Proposición es esta, señores, que os parecerá extraña. Hemos llegado á una confusión tan lamentable, que muchos han llegado á persuadirse de que todo lo recibirán de su esfuerzo aunque posterguen en la acción social la vida de piedad. Desvarían tanto aun los mismos católicos, especialmente fuera de España, que han llegado á considerar las Ordenes contemplativas como se consideran los objetos inútiles que no valen *para nada*. Este, señores, es un error capitalísimo que encierra suma gravedad. Porque la contemplación es la savia de la acción. Nuestras obras serán estériles si no van informadas del germen de la oración, sobrenatural, que las fecunda.

Sóis hombres de fe, y por ello os suplico, que recordéis aquella campaña de un pueblo privilegiado, que va á tomar posesión de una herencia divina. De repente, los Amalecitas caen sobre el pueblo escogido en las llanuras de Raphidim. Moisés manda á Josué que ataque al enemigo, mientras que él se retira á la cumbre de un collado vecino. ¡Hombres de fe!, mirad aquel drama Josué y sus valientes pelean en la llanura. Moisés no toma parte en la batalla. Se aparta. Su majestuosa fisonomía se enciende. Eleva sus brazos al cielo. Murmura algunas voces ininteligibles. ¿Qué hace allí aquel hombre, mientras que su lugarteniente y los fuertes de Israel se fatigan? ¿No sería mejor que descendiese al campo y tomara parte en la lid? Sin duda que no, señores. Porque ese hombre hace él solo más que todo el pueblo. Observad la correlación que existe entre el contemplativo, que nada hace al parecer, y los hombres de la actividad. Estos luchan con arrojo, con heroísmo; pero todo su valor se estrella cuando el hombre de la contemplación cesa ó se cansa de orar. Entonces vence Amalec. Pero cuando Moisés insiste en su recogimiento, Josué avanza, gana palmo á palmo el terreno y derrota completamente al enemigo. Yo pregunto: ¿De quién es la victoria? ¿Es de

Josué? ¿Es de los hombres de acción? ¡Ah! Decir que sí en absoluto sería insensato, toda vez que nada hubieran hecho los campeones de Raphidim sin la oración de Moisés. ¿Sería entonces el éxito del hombre de la oración? Tampoco es verdad en absoluto. Si lo afirmáramos, incurriríamos en la misma extravagante insensatez. En aquella ocasión, Israel, sin el valor de Josué y de su ejército, hubiera perecido á manos de Amalec. La victoria es de todos, señores, del contemplativo y de los hombres de la actividad exterior. Todos son solidarios, todos luchan á su manera. El uno, orando en el silencio del retiro; los otros, esforzándose en el ruido de la batalla. Mas sabed que todo ese ejército que lucha no consigue por su fuerza la victoria; se la concede una fuerza superior que trae del cielo la santidad de aquel que, escondido, y censurado, y calumniado, quizá, por el mundo, vale él solo más que el mundo.

La Historia humana, que no sabe juzgar de estas admirables y arcanas correlaciones entre la oración y las obras, atribuye la victoria de Lepanto á la sagacidad, bravura y talento de D. Juan de Austria, y en efecto, que esas dotes eran necesarias para el éxito. Pero la historia humana no dice, no dá importancia á aquel hombre, venerable anciano que, regia los destinos de la Iglesia, y que en la aceptación de Dios, valía él solo más que una flota. En el día de los grandes desengaños, recibiremos este la inmensa aureola que cubre de gloria la figura de don Juan en los anales del mundo, será empequeñecida, porque dos terceras partes de ella adornarán las sienes de San Pío V, que con su rosario en la mano y su corazón divino y sus lágrimas de ángel, ametralló á las carabelas de Islam, con más empuje y acierto, que lo hicieran los artilleros de nuestra marina de guerra.

Lo mismo se diga de la victoria de Praga, que la Historia Universal atribuye á Maximiliano de Baviera; pro-

bablemente fué debida á aquel ínclito aragonés, espíritu ferviente, gran amador de la Reina de los cielos, contemplativo extático, orador excelso, que abrazado á su *paloma*, como llamaba á la Virgen del Carmelo, y montado en brioso alazán, con el hábito de la Orden Carmelitana, excitaba, y entusiasmaba con sus palabras y ejemplos á los valientes y á los cobardes recorriendo el campo de operaciones. En el día de las rectificaciones, veremos que en el cielo llevará la inmensa parte del premio de los laureles de Praga, un olvidado del mundo, un aragonés, un carmelita: el V. Domingo de Jesús María Ruzola.

Pudiera ir multiplicando los ejemplos de esta especie, porque abundan en la Orden Carmelitana dedicada á la contemplación de un modo principalísimo. Es tan asombroso el número de sus Santos, que nos vemos precisados á repetir la frase hiperbólica del Abad Tritemio: *Si alguno pudiera contar las estrellas del cielo, ese podría contar el número de los Santos de la Orden Profética*. Pues bien, señores, leed en el Martirologio los nombres de los Santos Carmelitas que han podido salvarse del naufragio del olvido, y veréis que son muy pocos los que han brillado por su acción social como se entiende ahora; y sin embargo, Santa Teresa que no predicó en las Indias, ni formó sistemas sociales, ni escribió obras de controversia contra los herejes, ni hizo leyes para castigarlos, probablemente ha contribuído tanto como Felipe II para detener el torrente de la Apostasía en la falda septentrional del Pirineo, y adornará su diadema de Virgen, con algún florón arrancado de la aureola de Javier.

No estoy solo en la afirmación.

Hace pocos días hablaba yo sobre este mismo asunto con un caballero de la aristocracia española, con un título de nuestra nobleza, con un grande de España, sumamente culto en la literatura mística y profana, de grandes conocimientos apologeticos, científicos y sociales, con cuya

amistad me honra, cuyo nombre callo por estar aquí presente, entre mi escogido auditorio, y entre otras cosas, me decía: «Estoy persuadido que los hombres de acción adolecemos de un defecto. Se confía demasiado en la acción, trabajamos mucho y oramos poco. Una de las causas porque yo amo tanto á la descalced de Santa Teresa y por la cual haré siempre todo lo que esté en mi mano, es porque veo y admiro en esta Orden lo que más se necesita: oración y sacrificio. Esas almas contemplativas son el *pararrayos* de la Sociedad.»

No puedo dejar de asentir á este pensamiento. Siempre he pensado así. Está en la Escritura Sagrada. Se llega á él por la observación. No podemos olvidarle sin irrogar un perjuicio irreparable á nuestras obras sociales. Los hombres de fe debemos contar con ese elemento que congutina el cielo con la tierra. El Gobierno de Dios en el mundo que confesamos y la comunión de las almas, que en cierto modo se hacen solidarias de los defectos y virtudes ajenos, lo supone. Pararrayos de la sociedad. ¡Señores, qué palabra tan gráfica! Luego, ¿existe un fluído de naturaleza especial que neutralizan las oraciones de los santos? Sí...

Ese fluído es la ira de Dios que descargó en otro tiempo contra la Humanidad corrompida y la purificó lavándola en la inmensa lejía de un diluvio. Es aquel fluído que descargó sobre las ciudades del Pentápolis y las abrasó. No había entonces *pararrayos* que le neutralizaran con su sacrificio y oración. Ahora sí, los hay. Y creedlo, por ellos no sucumbe otra vez el mundo, porque el corazón de Dios tiene también su punto flaco. Si acertamos á combatirle, por él, con seguridad, venceremos su fortaleza. Cierta día un contemplativo, un profeta se empeña en descargar la nube que las infidelidades de un pueblo habían acumulado sobre él, provocando el enojo de la Divinidad, y ora por el pueblo rebelde, y Dios dice al profeta:

«No pidas por el pueblo, que me violentas, tendría que perdonarlo» (1). Lo veis, señores, ¿no palpáis la parte flaca del corazón divino? ¿No es esa la gran importancia social del justo? ¡Ah!, violenta á Dios y detiene sus iras. Si tenéis fe, debéis de creer en consecuencia, que la oración del justo es el pararrayos que deshace la nube de las divinas venganzas, harto cargada por nuestras infidelidades de esa electricidad que sube al cielo, y amontonamos sobre nuestras cabezas.

Gracias al sacrificio que aquel justo y aquella virgen, escondidos é ignorados del mundo, ofrecen á Dios la tempestad se deshace y la electricidad se neutraliza. Y ¿quién podrá contar los beneficios que la Orden Carmelitana ha reportado á la sociedad bajo este aspecto, siendo tantas las almas heroicas, de oración tan elevada que cobijan sus claustros? Calculad, si podéis, los méritos que delante de Dios han podido acumular los sacrificios de esas miriadas de Carmelitas, anacoretas y solitarios de la Tebaida de la Nitria, de la Palestina y del Egipto; de esos apóstoles que predicán al mundo la fe de Jesucristo; de esas vírgenes innumerables de la Sinagoga y de la Iglesia, cuyos monasterios fueron siempre más numerosos, más fervientes, que los monasterios de varones, de esa legión de mártires que cayeron degollados por la fe en las persecuciones de Jezabel y de Alcimo, de los asirios y de los persas, de los hebreos y de los romanos, de Cósroas y de los Califas, hasta llegar á las modernas revoluciones de los Estados europeos. Esa sangre, señores, fué ofrecida por la sociedad, y la sociedad se lavó repetidas veces en este Jordán Carmelitano. Su eficacia la limpió delante de Dios de la lepra que la corroyó en repetidas ocasiones, ya por la tiranía de arriba, ó ya por rebelión de abajo.

¿Queréis ejemplos? Pues os citaré todavía un hecho, harto significativo:

(1) Exod. 32-9.

Se hallaban en el período álgido, los asesinatos y violencias de la Commune. Una Comunidad de Carmelitas descalzas se consagra á Dios. Las religiosas ofrecen sus vidas para que cesen los horrores de la revolución, y aquellas vírgenes puras, inocentes, son llamadas á los tribunales, se las sentencia sin defenderlas, y como una bandada de alondras, cantando las misericordias de Dios, vuelan al cadalso. La guillotina siega una tras otra, sus hermosas cabezas. Este es el sacrificio. Pocas horas después, cuando el Ministerio de aquellos días de Terror parecía estar más seguro, cae precipitadamente y cesan los horrores de la Commune. Esto significa, señores, que las mártires de Compigne hicieron violencia al corazón de Dios, y que han hecho ellas solas con su inmolación más beneficios á aquella sociedad, que los grandes sociólogos que entonces florecían. De ellas es el mérito, y la Iglesia reconocida, las premia, elevándolas á la pública adoración en los altares.



He insistido tanto en este punto, señores, porque me han dado audacia para ello vuestros repetidos aplausos, y porque creo un deber mío deshacer las preocupaciones de muchos católicos, contrarias á las Ordenes monásticas de vida contemplativa. Por lo demás, nuestra labor social no ha sido exclusivamente la oración y el sacrificio. Profesamos una vida mixta. Atendemos á la oración y no descuidamos las obras. Y aunque lo primero es para nosotros lo más principal, miramos también lo segundo con verdadero interés. Reputamos por lo tanto como principales los dos fines: la propia santificación y el perfeccionamiento moral y religioso del Mundo. Y en consecuencia, para el Carmelita no son indiferentes las obras de cultura, de civi-

lización y de progreso, como veréis, atendiendo á lo que ellos han contribuído á la educación del género humano. Enseñan con su predicación, con su pluma y con su magisterio. Presenciamos un momento su labor en los apogeos profético y apostólico.

En tiempo de la Sinagoga la labor social de Elías, de Eliseo y de los discípulos de los Profetas es teológica, como no podía menos de ser en el seno del pueblo israelita. Bajo el punto de vista universal histórico, representa esta labor poco estudiada y menos agradecida, una fuerza inmensa, sumamente fecunda en resultados positivos é importantísimos para el progreso humano; tended vuestra vista por las sociedades circunvecinas de aquel pedazo de tierra que ocupaban Israel y Judá y las veréis heridas de tres llagas mortales. El politeísmo enervante en los altares, el materialismo ciego en las ideas y el despotismo más vergonzoso en las instituciones, que hacia gemir á los pueblos con la servidumbre más inhumana. El despotismo de los reyes oprimía á los vasallos, el del padre oprimía á los hijos, el del marido oprimía á la mujer. Tiranías, señores, que estaban en poder de la fuerza física, sancionadas por las leyes, santificadas por las religiones, y sostenidas por las pasiones de los fuertes, con perjuicio de los débiles. Verdad es que llevamos en el fondo del alma generosos anhelos para avanzar. Dios nos ha hecho así, creados para gozar del infinito, nos cansan, manchan y fatigan los límites que por todas partes cierran la atmósfera espiritual hacia donde aspiramos remontar nuestro vuelo. Desea la Humanidad adelantar, perfeccionarse, pero contrarresta su deseo un peso enorme que la misma Humanidad lleva en su corazón. Ese peso la arrastra, y si está legalizado por las instituciones, la encadena, y si encuentra disculpa en los símbolos religiosos, la Humanidad se hunde y no se levantará jamás por sí misma de la abyección. Aquellas sociedades de que os hablo mejor que ninguna otra, dan

testimonio de lo dicho. No pueden examinarse sus códigos sin horror, no pueden analizarse sus símbolos sin repugnancia, ni sus costumbres sin asco. La nacionalidad israelita era la única que poseía un símbolo razonable. Su primer artículo encerraba el monoteísmo. La idea de Dios perfectamente definida. Su código á la vez moral, social, religioso y litúrgico, estaba en conformidad con la naturaleza de Dios y del hombre, aunque no con la perfección que el código evangélico, y mientras tanto, señores, ese pueblo tan elevado instruido por el mismo Dios, educado en una ley, que no pudo ser concebida por entendimiento humano, es incapaz de sostenerse en esas alturas. Leed su historia y veréis los esfuerzos que hacen los elementos civiles y políticos para descender de esas elevaciones; esfuerzos que se continúan por varios siglos y que originan encarnizadas luchas político-religiosas. Observad de nuevo y analizad en esas circunstancias la inmensa labor social que ejecuta la Orden Profética. Ella es quien después de Dios sostuvo á la Humanidad en un grupo de sus representantes en las elevaciones de las ideas sencillas de la moral purísima y del legítimo derecho. Ved á los Reyes y á los hombres de Estado haciendo esfuerzos para retroceder al embrutecimiento pagano, á la relajación, á la inmoralidad, al despotismo, á la tiranía, mientras los profetas, uno después de otro, se interponen entre el déspota y el pueblo oprimido, entre la religión y la impiedad, entre la ley y las costumbres degeneradas, y predicán á pobres y ricos, á los Reyes y al pueblo sus recíprocos deberes.

Un político se queja de que Elías es revolucionario, que turba al pueblo, y el profeta le contesta con la santa libertad de los defensores de la fe. *«No soy yo quien turba al pueblo; eres tú y los tuyos»*, que le obligáis á descender y retrogradar; yo le elevo, vosotros le humilláis. He aquí señores una respuesta que tiene hoy la misma actualidad que hace treinta siglos. Si los cruzados de la fe, si los reli-

giosos avisamos al pueblo, si le ponemos en guardia contra la seducción, si le decimos que le engañan los políticos, que le precipitan á la destrucción y al abismo, se nos llama *perturbadores*; mas es lo cierto que la religión no es perturbadora; es la falsa política, que quiere hacer de un pueblo libre y grande un rebaño de parias, de imbéciles y de esclavos.



Otro acontecimiento muy mal estudiado aun en nuestros días, de suma consideración en la historia del Mundo y de la Civilización cristiana, y que afecta esencialmente á la labor civilizadora de la Orden del Carmen, es la posición que adoptaron los Hijos de los Profetas ó llámense Esenos en la promulgación del Santo Evangelio. En tiempo de San Pablo ya se habían oído sus heraldos en todo el mundo, conocido hasta entonces y probablemente según las investigaciones modernas, un Apóstol penetraba en las Américas acompañado de varios discípulos quince siglos antes que Colón. El gran Kezalkool, cuya aparición impresionó tanto á los salvajes americanos, y cuyo recuerdo vivía en la tradición indígena, merece, señores, investigación solícita; mas, dejando este detalle de la rápida propagación evangélica, baste consignar el hecho de que San Pablo da testimonio; el Evangelio en sus días se había divulgado en todo el mundo conocido.

Este hecho es sorprendente. Sale de los límites de la naturaleza. No puede atenuar la supernaturalidad, el sentir de aquéllos que aseguran bastar para esto, las condiciones sociales del mundo romano, pretensión absurda, desmentida por los medios insuficientes con que contaban los pobres pescadores de Galilea para realizar la multitud de imposibles físicos y morales que ellos realizaron.

Sin embargo, Dios en el gobierno del mundo prepara las causas más aptas para realizar los fines que su Providencia intenta conseguir, no interviniendo para violar las leyes que El ha establecido, sino en casos excepcionales. En el designio providencial de la propagación evangélica, desde luego entraron las condiciones sociales del Imperio, para que la semilla de la divina palabra se extendiera con mayor facilidad y rapidez. Mas á pesar del adelantamiento latino, se necesitaban hombres decididos en gran número, porque el Mundo no podía oír el mensaje celestial sin mensajeros que le notificasen. Un Pontífice como suprema cabeza y doce Apóstoles como altos representantes del Episcopado, y setenta y dos discípulos subalternos de los Obispos y Pontífice nos parecen suficientes para la formación divina de la Jerarquía eclesiástica; pero son pocos hombres para regir las iglesias particulares y administrar los sacramentos en todo el mundo, asunto principal á que debía atender el apóstol.

¿A dónde irían los Apóstoles á buscar esos hombres de celo, que por otra parte debían estar perfectamente instruídos en la moral y en el dogma, y cuyas costumbres debieran ser intachables para enseñar con la autoridad de la palabra y del ejemplo? Señores; recordad lo dicho respecto de los Esenos tan florecientes en Egipto y Palestina. Aquellas comunidades fueron el seminario de donde los Apóstoles tomaron muchísimos coadjutores y celosísimos Obispos para instalarlos en las Diócesis que formaban con su predicación. Aquellos solitarios retirados del bullicio mundanal, desligados por el celibato que profesaban de todos los vínculos que podían unirlos á un hogar, á una familia, á un pueblo ó á una nación; endurecidos por el continuo roce de la maceración, de las vigiliass, de los ayunos, propios de su vida de ascetas; ilustrados por el estudio de las Escrituras, que tan claro hablaban de los acontecimientos que á sus ojos estaban realizándose, y

por el auxilio de la gracia divina que nunca abandonó á los corazones puros; desasidos, hasta de sí mismos porque inmolaban su vida con perfecto desinterés al servicio de Jeová; aquellos solitarios, en suma, que consumían su existencia en el ejercicio de las más heroicas virtudes, eran los seres mas dispuestos para las fatigas enormes del Apostolado. La divina Providencia que separó á Abraham del resto del mundo y le dió una gloriosa posteridad, á la cual educó Ella misma como solícita y cariñosa madre para que, conservando el verdadero culto y la moral pura, dispusiera al mundo á la venida del Redentor, escogió también de ese mismo pueblo individuos que, desde la soledad, custodiasen el depósito de la Revelación, y así como se sirvió del ministerio de los profetas y de sus discípulos para hacer nuevas revelaciones mesiánicas, así se sirvió del ministerio de unos individuos selectos entre los escogidos para señalar primero, con el dedo al Mesías libertador, aceptaran el Evangelio después, y una vez aceptado fueran los coadjutores más insignes, los más heróicos campeones en la defensa de la perfecta fe.

Estas reflexiones pertenecientes al dominio de la Filosofía de la Historia, las hallamos confirmadas en las Escrituras canónicas y demostradas en vetustísimos fragmentos de rigor histórico. Porque, en efecto, los Hijos de los Profetas señalan con el dedo al Mesías libertador. Cierta día, en el año décimoquinto del imperio de Tiberio, siendo Poncio Pilatos gobernador de Judea, Herodes rey de Galilea, Filipo, su hermano, rey de Iturea y de Traconitides, Lisantias tetrarca de la comarca de Abila, bajo los príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás, apareció á algunas leguas de Jerusalén en las riberas del Jordán un hombre extraordinario, cuya vida austera no tuvo precedentes sino en el anacoreta Elías. Tenía treinta años. Era de familia sacerdotal. Había vivido desde niño en el desierto. Su austera fisonomía revelaba en sus rasgos un alma de profeta.

Jamás bebió vino. Su alimento eran hierbas y miel silvestre. Cubría su cuerpo una túnica tejida de pelos de camello, oprimida á su cintura con un correón de cuero. ¡Vedle! En su mirada se transparenta un corazón lleno de humildad, de ternura, de energía. ¿Quién era? ¡Ah! En parte le habéis conocido. Ese hombre era Juan Bautista, os habéis dicho. Y en efecto: ese era. Mas yo no he descrito aquí este sublime carácter para recordaros lo que ya sabéis, sino para haceros otra revelación fijando sus relaciones con la Orden Profética y para juzgar por esta fisonomía la influencia de la Orden en la Historia del Mundo y Civilización cristiana, ¿Quién era, Juan Bautista bajo este aspecto? Compulsad, señores, las líneas características de la vida de Juan con las líneas características de la vida común de los Esenos ó terapeutas historiados por Filon (1) y Josefo (2), y desde luego observaréis un fondo de parecido tal, que nos presta fundamento para formar una seria conjetura de la identidad de ambas vidas. Su comida es la misma de los Esenos. Habitó en el desierto, sin duda de Judea, donde había varios colegios de Esenos. Estuvo en el desierto desde niño. No es creíble que sus padres le abandonaran en su niñez, sino más bien le entregarían en manos de aquellos religiosos Rectores de las Sinagogas ó Colegios que allí había. Se presentó de repente rodeado de discípulos, lo cual prueba que en el desierto de donde venía no estaba solo. Había otros semejantes á él en el tenor de vida. Dice el Evangelio, que el espíritu de Juan era el de Elías, ya sabemos que ese espíritu era la norma de vida de los Esenos, Discípulos del gran Profeta, sólo que estos no llegaron á asimilar la plenitud del ideal, pero Juan sí. Por eso es Elías en espíritu y virtud, mientras que el resto de los discípulos Elianos

(1) *Quod omnis probus sit liber y Vita Contemplativa* y en el *Apologeticon*.

(2) *De Bello Judaico*, lib. 2, cap. VII, y de *Antiquitatibus*, lib. 16 y 18.

eran sólo los seguidores del antiguo vidente. Juan obtuvo su perfecta asimilación. Los otros una pálida imagen.

Este fondo de identidad adquiere mayor fuerza si atendemos á la sentencia concorde de los Padres antiguos, cuyo sentimiento expresó en una fórmula el eminente investigador de las antigüedades cristianas, é insigne jesuíta el Cardenal Belarmino (1). «Que Juan Bautista fuera monje y Príncipe de los Eremitas, escriben casi todos los Padres». Otro investigador no menos profundo, de la Orden de San Francisco, el celeberrimo Cartagena (2), asegura como hombre que ha adquirido la plenitud de la certeza en este asunto: «*Sin duda alguna Juan pasó su vida en aquellos desiertos entre los Hijos de los Profetas, que entonces se llamaban Esenos, y profesaban la disciplina de Elías.*» A mayor abundamiento daremos el testimonio de otro clarísimo y celeberrimo teólogo, cuyo nombre hay que pronunciar con la cabeza inclinada: pertenece á la Orden de Predicadores; es Domingo Soto (3). «Esta verdad »se comprueba con el ejemplo multiforme de los Profetas..., pues como refieren Josefo y Solino antes de la venida de Cristo, el Colegio de los Esenos en el desierto de »Judea, hacía una vida castísima...» *San Juan Bautista perteneció al mismo Instituto* (4). De la Orden de San Benito puedo citar varias autoridades, y de la Orden Carmelitana innumerables, pero sólo bastará el recuerdo del gran Lezana en sus *Anales del Mundo*, que en distintas partes lo demuestra con innumerables razones y testimonios. Para concluir esta discusión citaré á Juan Guillermano, que en su *Agiologio* (5) resume el sentir de los historiadores que

(1) Lib. 2.º, Monach, cap. V.

(2) Tom. IV. Hom. Llam. Lib. 17. Hom. 2, obj. 10.

(3) In 4 Sent. dist. 30, quart. art. 1.

(4) Véase también á Gravina de la misma Orden «*Vox Turturis*», part. 2, cap. II.

(5) 29 Aug.

de propósito han hablado sobre esto. «Quarto Kalendas
»Septembris, la degollación de San Juan Bautista, Precur-
»sor de N. S. Jesucristo... Abrazó desde su infancia la
»vida eremítica instituída por Elías... Por lo cual, en Se-
»baste, pueblecillo de Palestina, fué sepultado por sus
»discípulos entre los cuerpos de Eliseo y de Abdías, Pro-
»fetas, como condiscípulo suyo y observantísimo alumno
»de la misma Religión (1).»



Conocida la procedencia de Juan Bautista y demostra-
da su vida monástica entre los antiguos Carmelitas, se
explican los pequeños antagonismos, casi imperceptibles,
que las turbas hebreas encontraban entre los discípulos,
de Juan y los de Jesús, y el fin de estas mismas rencillas,
con la completa adhesión de los discípulos de los Profetas,
ó antiguos Carmelitas, al Colegio Apostólico, ingresando
en el discipulado del divino Maestro, bajo la disciplina,
predicaciones y consejos del mismo Bautista, y más tarde,
de San Pedro, respecto de los Esenos palestinos y de
San Marcos en Antioquía.

Sabida es, señores, por el testimonio de la Historia
Sagrada y Profana, la honda agitación en que traían á la
Sinagoga en tiempo de Jesucristo los doctores de Israel.
Las controversias entre las Escuelas de fariseos, saduceos
y herodianos se eternizaban en lo referente á la interpre-
tación de la Ley. Todos los críticos modernos que se han
ocupado de esta cuestión hablan con calor y emiten su jui-
cio, y dan su fallo, como si en efecto no hubieran existido
más antagonismos en aquella sociedad que los derivados

(1) C. además á Auberto Mireo. *De Origine Ordinis Carmel*, y á San-
tiago Boldue. *De Ecclesia port legem*, cap. XI.

de las ideas farisáicas, saduceas y herodianas. Ninguno ha dado importancia á los representantes de otra clase de doctores, opuestos en absoluto á esas tres sectas, y cuya posición nos interesa estudiar. Hablo de la actitud que los Elianos ó Esenos adoptaron en esas cuestiones, conformes en todos sus extremos con la ortodoxia tradicional.

En los Santos Evangelios leemos la oposición calculada y sistemática que hacen á la doctrina del Salvador las sectas farisea, saducea y herodiana, las cuales hondamente divididas entre sí, se unen con un odio común para perseguir y crucificar al Justo. Mientras tanto, la Escuela Eliana ó Esena, que gozaba de tanto crédito y poder por el gran número de sus religiosos, por la sabiduría de sus consejos y por la admiración de sus virtudes; la Orden Profética, que era la estupefacción, no sólo de los *particulares, sino también de los grandes reyes; de cuya veneración participaba* el feroz Herodes, como refiere Filon en su *Apologético*, no se mezcla nunca con aquellas sectas deicidas, antes al contrario, habla por boca de Juan Bautista, en cuyos labios estalló la indignación eliana cuando decía á los sectarios: «Raza de víboras, ¿quien os protegerá contra la cólera que se acerca? Haced frutos dignos de penitencia... Vendrá otro después de mí más poderoso que yo... Él os bautizará en el agua y en el fuego. Tiene su bieldo en la mano y purificará el aire. *Juntará el trigo en su granero y quemará la paja en un fuego que no se apaga...* El Reino de Dios se acerca. He aquí el Mesías. Ya llega (1)».

La Sinagoga Eliana estaba, pues, hondamente separada de las sectas deicidas respecto de la exegesis escrituraria vaticinios de la venida, de las cualidades morales y de la persona y adorable misión del Salvador. Por esto nunca leemos que se mezclaran en los infames contubernios de los doctores del Sanhedrin. Antes al contrario, abundan en los mismos sentimientos de Juan y de Jesús.

(1) Luc. III, 16, Joan, I, 26, C.

Es notable, señores, que reduciéndose la misión providencial de Juan á *señalar* la persona divina de Jesucristo, para que el mundo le reconozca como Salvador de la Humanidad, da de Él tres testimonios: El primero, le da á todo el mundo en general (1). El segundo se refiere á la declaración oficial que da de la venida del Mesías á los Sacerdotes y Levitas enviados por el Sanhedrín (2). El tercero le verifica en el círculo íntimo de sus discípulos, en el cual les explica el origen celestial de Jesús, su preexistencia eterna, la plenitud de su gracia y *la supremacía sobre todo legislador* (3). Esto nos prueba que el Bautista educaba á sus discípulos con vivo interés, para que abandonando la Ley mosaica abrazasen la de Jesucristo.

Empero debo consignar que si bien dos discípulos de Juan lo obedecieron con prontitud, otros vacilaban. Recordadlo, señores: estamos en plena evidencia histórica. Dos jóvenes, discípulos del Bautista, ardientes, entusiasmados, estaban cierto día solos con San Juan. Pasa cerca de ellos el divino Maestro, aparentando no fijar la atención en aquel grupo de ascetas. No fué desapercibido su paso por el gran Bautista, el cual se quedó como extático mirando á Jesús, señalándole con el dedo y diciendo á aquellas almas virginales: *Mirad el Cordero de Dios*. Tal imperio debieron ejercer estas palabras en aquellos corazones tan tiernos y tan puros, que dejan á Juan y siguen á Jesús (4).

Ignoramos, señores, por qué no hay datos históricos para averiguar si estos dos jóvenes se educaron con Juan y habían profesado como él la vida eliana en el Desierto. ¡Se escribía entonces tan poco! Pero basta saber que eran discípulos de Juan para contarlos entre los Hijos de los

(1) San Mateo, III.

(2) San Juan, I, 19, 28.

(3) T. 35, Joan, I, 29.

(4) Joan, I, 35.

Profetas. De esos jóvenes el uno se llamaba Andrés, el otro Juan. Si éste calla su nombre por la reserva de su puro amor, como otras veces hace en el Evangelio que escribió.

Ved aquí, señores, cómo la Orden profética va dando contingente á la obra civilizadora de Jesús. Por ministerio del Bautista le ha dado dos apóstoles, San Andrés y San Juan Evangelista, animados de tan ardiente proselitismo, que una vez separados del Bautista y agregados á la compañía del amable Redentor, corren apresuradamente á extender la noticia consoladora. Andrés no descansa. Todavía bajo la impresión del hallazgo, busca y encuentra á su hermano Simón y le dice: «Simón hemos encontrado al Mesías» (1); y lleva á su hermano con él á los pies de Jesús, y Simón que desde entonces es Pedro, por la insinuación de Andrés ingresó como cabeza visible en el Apostolado de Cristo.

Por otra parte, el espíritu suavísimo de Juan, conglutinado con inmenso amor, al espíritu de Jesús, participa de ese anhelo que le consumía. Llevar almas á Jesús iba á ser su oficio, y apenas dejó al Bautista, le vemos lleno de actividad haciendo prosélitos, buscó á Santiago, su hermano, y le presentó al Maestro. Este le recibe. Desde aquel momento, quedó cerrado el círculo de los apóstoles más amados de Jesús; fueron los primeros, los más entusiastas y los más amables, los que siempre le acompañan, como íntimos confidentes lo mismo en las glorias del Tabor, que en las amarguras del Huerto de las Olivas.

Convendréis, pues, conmigo, señores, que esto es una gloria bien singular de la Orden Carmelitana, que nada ni nadie podrá empañar. Los nombres venerandos de los apóstoles San Andrés y San Juan Evangelista, deben hallarse en el catálogo de las ofrendas que la Orden hizo á

(1) J.-1-41.

Jesucristo por ministerio del hijo de Zacarías, Pedro y Santiago, catequizados por sus hermanos, conquistas son que Jesucristo acepta, para constituir las columnas y cabezas de su Iglesia, atraídos por ministerio de dos Hijos de los Profetas.

Pero si entre los discípulos del Precursor hubo algunos como Andrés y Juan, tan solícitos y prontos en seguir las insinuaciones y mandatos de seguir á Jesucristo, hubo también otros muchos que se obstinaron en acompañar al Bautista sin hacer gran caso de sus testimonios. Comprendiendo el gran asceta, que este afecto fuese un obstáculo á la celestial misión que había recibido de llevarlos al Salvador, se apresura á contar por sí mismo los lazos que podían retenerlos, dirige sus discursos familiares á desengañarlos, instruyéndoles en la misión que él había traído al mundo. Veneraban á Jesucristo los Elianos, mas la veneración que profesaban á Juan era más ingénua é intensa; por eso sentían que las multitudes con entusiasmo cada vez mayor se agrupasen en torno de Jesús y abandonaran á Juan. Algunos le significaron esta amargura (1). El humilde Precursor, alegrándose de quedar eclipsado delante del Mesías, les contesta: «¿Por qué os admiráis? Ya os he dicho, que no soy yo el Cristo, y que tan solamente he sido enviado delante de El... Es necesario que Jesús brille, que yo me eclipse».

En semejantes vacilaciones se hallaban aquellos espíritus sencillos educados en la Sinagoga del desierto, cuando para salir de ellas varios discípulos del Precursor, escondidos entre las turbas, seguían á Jesucristo durante su predicación por Galilea *expiando* en secreto la vida íntima de los Apóstoles. Quedaron sorprendidos y casi escandalizados los austeros Elianos, observando que los discípulos de Jesús *no ayunaban*, y como siempre sucede, en casos semejantes, comentaban con los demás discípulos

(1) Joan-III-22-36.

de Juan, este lunar que aquellos anacoretas creían ver, en la hermosa fisonomía moral de Jesús, hablaban de ello, como de un acontecimiento de que no sabían dar razón y cada uno le prejuizaba según su criterio particular.

Juan Bautista veía con sentimiento estas pasioncillas de los Hijos de los Profetas. En vano les mostraba él al Cordero de Dios; ellos no le veían, ó no querían verle. Estaban contentos con Juan, cuya virtud rigidísima les parecía más superior que la dulcísima, amable y divina de Jesús. Por eso no se decidían á dar el gran paso que debían dar. Estas discusiones de familia, debieron adquirir imponente gravedad en ocasión que el Bautista estaba ya arrestado en la fortaleza de Maqueo esperando la muerte. Entonces se decide á terminar esa tirantez de sus discípulos, escoge dos de entre ellos, quizá los más obstinados y les manda á Jesucristo con este mensaje: «¿Eres tú el Mesías ó esperamos á otro?» (1) Jesús por toda respuesta, extendió la mano á la multitud que le rodeaba, y evocó el recuerdo de una profecía de Isaías (2) que se verificaba en aquel momento: «Id y decid á Juan lo que habéis visto y oído. Los ciegos ven, los cojos andan, son curados los leprosos, oyen los sordos, resucitan los muertos y se evangeliza á los pobres». La respuesta iba dirigida á Juan, pero eran sus discípulos quienes la necesitaban, los cuales desde aquella solemne revelación, no tendrían excusa de sus juicios desacertados.

*
* *

Probablemente serían muchos los discípulos de la Orden profética que siguieron á Jesucristo á la muerte del Precursor como siente la Iglesia nuestra madre (3) más la

(1) Malth-XI-4-5.

(2) XXXV-5.

(3) Oficio de la B. V. M. del C.

total incorporación de los Esenos palestinos al Evangelio, debemos buscarla después de la venida del Espíritu Santo. Pues hallamos en los Hechos de los Apóstoles un indicio con todos los requisitos de la historia. Predicaba el apóstol San Pedro á unaturba imponente en la cual debía haber un número considerable de Elianos, porque el apóstol, después de haber reforzado su tesis dirigida á toda la muchedumbre, exclama dirigiéndose al parecer á esta parte selecta de su auditorio: «Vos estis filii prophetarum et testamenti», etc. (1)

Como esta era la común denominación de los Carmelitas antiguos entre los hebreos, según aparece compulsando los textos paralelos, rectamente podemos deducir que el apóstol dió á su expresión el significado generalmente admitido. Conociendo por otra parte su vida íntima, y estando unido á ellos por vínculos de simpatía toda vez que su mismo hermano San Andrés se había educado entre ellos en compañía del Bautista, nada tiene de particular que se interesara para atraerlos á la fe cristiana. El resultado de aquella predicación fué magnífico. Hizo cinco mil prosélitos, entre los cuales hubo gran número de Elianos (2).

La significación de éstos, después de su total adhesión á la Doctrina Cristiana, merece un examen detenido, porque de entre ellos salieron celosísimos misioneros, coadjutores de los Apóstoles, enviados por ellos á todas las partes del mundo conocido. El primer arranque de expansión eliana la tenemos indicada en los *Hechos de los Apóstoles* (3), en donde se nos dice que salieron de *Jerusalén varios Profetas*, entre los cuales se nombra á Agabo (que profetizó el hambre que afligió á aquella comarca en tiempo de Claudio), dirigiéndose á Antioquía, para prestar su concurso

(1) Act. ap. -III-25.

(2) Oficio de la V. del C.

(3) Cap. XI, 27 et 199.

y apoyo á los Apóstoles San Pablo y San Bernabé, en la predicación del Evangelio. Eusebio de Cesarea (2) nos asegura la sumisión, el respeto y la activa cooperación de la Orden á los trabajos de los Apóstoles, de tal modo, que Bernabé y Pablo convivían entre los religiosos en santa concordia. «Había—dice el antiquísimo historiador—por aquel tiempo en Antioquía *muchísimos* varones *de la Orden Profética*, con los cuales *vivieron juntamente* Pablo y Bernabé en toda gracia de Dios.» Josefo Antioqueno nos los representa como acérrimos defensores de la Iglesia primitiva, é infatigables predicadores de la fe. De aquel Seminario Carmelitano salieron para España, con el Apóstol Santiago, los primeros obispos de nuestra patria, entre los cuales merecen especial mención San Elpidio, como Rufino testifica (3), al cual algunos suponen primer Obispo de Toledo, y Luitprando (4), fundador del primer Monasterio de Monjes y Vírgenes en España, en las afueras de la ciudad imperial en el mismo lugar que estuvo el celeberrimo Agaliense (5). El monaquismo Carmelitano se propagó tanto

(2) *Hist. Eccl.*, cap. 3,

(3) *Hist. Eccl.*, lib. II, cap. 15.

(4) Fragment. 193. (*)

(5) Vida Lezana, *Annaliem*, t. II, *adann. Christi*, 40.

(*) A propósito he omitido las autoridades de Flavio Dexteo, Luitprando, Marco Máximo, Julián Pérez y Gregorio de Hiberis, por la veneración que me inspira la de D. Nicolás Antonio, el cual en su *Biblioteca Hispana*, con gran erudición, los niega autoridad, y además porque no hay necesidad de recurrir á ellos para el objeto que me propuse en la Conferencia. Sin embargo, esas autoridades valen en muchísimas cosas. Si el aficionado á la crítica quiere imponerse convenientemente en esta cuestión de saneamiento en lo referente á Luitprando, le recomiendo que lea las acusaciones de D. Nicolás Antonio; pero no deje de examinar las defensas que hicieron D. Tomás Tamayo de Vargas, Rodrigo Caro, D. Lorenzo Ramírez de Prado, Tamayo Salazar, Gaspar Escolano, el Conde de Mora, D. Diego Castejón, Fr. Juan de la Puente, Fr. Francisco de Vivar, Fr. Gregorio Argáiz, Juan de Pineda, Nicolás Incofer, Antonio Quintana Dueñas, Paulo de la Peña, Pedro Sánchez, Francisco Ruzpuerta, D. Rodrigo de Acuña, Fr. Juan Márquez Tivino, Diego de Colmenares. Fr. Diego Murillo, Fr. Alonso Clavel, P. Gabriel Vázquez, Lorenzo de Padilla.

por España, que ya legislan acerca de los monjes, los antiquísimos Concilios de Illiberis y Zaragoza, antes que aparecieran los organizadores de la vida monacal, San Agustín, San Basilio y San Benito, lo cual confirma otra tradición, que asegura haber pertenecido al Instituto Eliano, aquellos primeros obispos que San Pedro envió á España desde Roma.

Los Obispos procuraban inmediatamente la erección de monasterios buscando y creando coadjutores idóneos en la austeridad del claustro ellos eran monjes y el Monasterio hubo de ser el primer Seminario (1). Sería curioso el seguir esta manifestación de la antigua disciplina monacal y los servicios que prestó la Orden Carmelitana á los Obispos en los tres primeros siglos del Cristianismo en que existió ella sola en la tierra. Yo, como comprenderéis, señores, no puedo detenerme en esas particularidades. Me basta recordaros la conclusión que intenté sacar de mis reflexiones. Vosotros juzgaréis si son suficientes para señalar la posición de la Orden Carmelitana en la Historia del Cristianismo, y la misión providencial que ha realizado ella sola, educando en sus claustros al gran precursor de Jesucristo, presentando, por ministerio del Bautista, á los dos Apóstoles primeros que ingresaron en el Colegio Apostólico y por el ministerio de Andrés y Juan, la cabeza del Apostolado San Pedro, y al primer Obispo de Jerusalén y primer mártir del Apostolado Santiago el Mayor. Juzgad vosotros lo que significa esa cooperación ardiente, desinteresada de la Orden, dando sus claustros y poniendo sus casas en Antioquía á disposición de San Pablo y San Bernabé, la ardiente cooperación que prestaron á San Marcos, á la cual fué debida, sin duda, aquella propagación tan rápida y tan constante de la fe en aquellas regiones donde los discípulos de Cristo, empeza-

(1) V. el Wald. Rat. fidci.

ron á llamarse cristianos. Intimamente adheridos á los Apóstoles, con ellos van á todas las partes del mundo; los Apóstoles toman de ese plantel innumerables Obispos, y el nuevo Obispo funda el primer Monasterio de su diócesis, del cual es el primer Abad. Poco se escribió en aquellas edades, pero los fragmentos que conservamos arrojan una luz tan clara y tan precisa, que no permite dudar. Me consta, señores, que estas cuestiones se estudian ahora con verdadero interés, y entiendo que los críticos ocupados en ellas son capaces de llevarlas hasta la última evidencia, y podremos admirar dentro de poco la inmensa abor civilizadora de la Orden del Carmen durante los tres primeros siglos del Cristianismo, en los cuales, sólo ella con sus obispos y sus mártires, con sus apóstoles y sus vírgenes, llevaron todo el peso de las discusiones religiosas, y sellando con su virtud y su sangre el testimonio que daban de la fe del Crucificado, rehabilitador de todas las progresivas energías humanas que el paganismo despreciara. Pasemos ya á declarar otro rasgo general de la influencia de la Orden en la cultura del mundo.



Este es el que representa la doctrina que ha inyectado durante tantos siglos en las venas de la Sociedad. No ha sido la Orden del Carmen como esas violentas torrenteras, que caen desde lo alto de las montañas, formando cataratas, ó como las lluvias torrenciales que fecundan la tierra con ruido atronador. No. Nuestra influencia ha sido sin estrépito, como la del rocío, que refresca las flores, ó como la de la nieve, que paulatinamente empapa la tierra con su fresco humor. ¡Cuántas lágrimas ha enjugado la Orden de María! ¡Cuántas llagas cicatriza, sin que nadie advierta la mano generosa que enjuga y medica ocultándose en seguida como temiendo el ruido de la publicidad!

Por esto mismo, á pesar de ser innumerables los escritores de la Orden que han ilustrado á la sociedad con su pluma, dando á luz obras, verdaderamente magistrales, todavía han sido más los que han escrito obras dignas de la inmortalidad y no se atrevieron ó no quisieron, guiados de un afecto respetable de virtud, dar á la luz pública trabajos dignos por todos conceptos de ser conocidos del mundo teológico, filosófico y científico. Podréis, señores, registrar los archivos; este mismo de Madrid contiene tesoros de inestimable riqueza. No hay Orden ninguna que tenga tantas obras inéditas como la Orden Carmelitana. Esto depende de que el Carmelita ha de pasar su vida en la oración y estudio continuos, y cuando no reza, estudia ó escribe, si ha de cumplir con sus leyes. Muere á lo mejor coronado con una larga vida y deja en su celda el trabajo de investigaciones á que sus aficiones le inclinaban. Nunca soñó con la publicación, y muere tranquilo, satisfecho de no haber pasado una hora en punible ociosidad durante su vida. Sus libros no se publicarán. ¿A él que le importa? No los escribió para eso. Los escribió para dar testimonio en el último día que cumplió en el mundo con la ley del trabajo, impuesto por Dios á todos los hombres. Estos desconocerán aquella labor, pero la conocen los ángeles, que darán de ella el conveniente testimonio. Y al llegar á este punto, yo formulo una protesta extraña, señores; no puedo menos de levantar mi voz y censurar la conducta de algunos de mis hermanos en religión. Verdaderas bibliotecas ambulantes; la filosofía y la ciencia, la teología y la literatura *encuadernadas en un volumen viviente*; hombres de una vida laboriosísima; espíritus investigadores que hablan maravillosamente con el sabio de las ciencias que forman su especialidad, y critican con el filósofo todas las escuelas que conoce la Historia del pensamiento; espíritus que razonan y siguen con interés el movimiento científico, teológico, exegetico y lite-

rario; repito, señores, que protesto de aquellas últimas voluntades de esos religiosos que mueren olvidados por- que quemaron ó mandaron quemar sus apuntes ó sus elu- cubraciones, no dejando en pos de sí restos de su sabiduría sino son las lecciones que escuchamos de sus labios, y esa obra de profundísima humildad que nos dan á vista del sepulcro. Buena y santa es la humildad, pero yo sostengo que es más perfecta la caridad. Respeto á los santos, pero confieso que no comprendo esas determinaciones tan fre- cuentes en la Orden de San Cirilo del Mantuano, de San- ta Teresa y de San Juan de la Cruz, los cuales entendían de otro modo que estos sus hijos aquel consejo del divino Maestro: «Alumbra vuestra luz delante de los hombres, para que estos glorifiquen á vuestro Padre celestial».

Y en efecto; otros lo entendieron como sus Santos Pa- dres, y dejaron en pos de sí la brillante estela de sus es- tudios. Yo paso por alto las investigaciones de nuestros cronólogos las observaciones de nuestros moralistas los análisis del dogma y de la fe de nuestros teólogos especu- lativos, y las disecciones del pensamiento y del corazón, hechos por nuestros filósofos. No diré una palabra sobre las inmensas lucubraciones escriturarias de nuestros exé- getas, entre las cuales brillarán siempre las perlas del V. Juan de Jesús María, y del insigne Silveira, de quien se dijo: «Nescit predicare qui nescit silvereinare». Quiero olvidarme de las resmas de papel que atestiguan la in- mensa vitalidad y energía de nuestros apologistas, que, como el Walderse y Bacon, defendieron la fe contra los anglicanos, y el P. Pablo del Espíritu Santo, con otros varios, que refutaron victoriosamenté á los enemigos del dogma en admirables controversias.

Nuestros historiadores conocidos son, basta citar á Je- rónimo de San José, el autor del *Genio de la Historia*, tan perfectamente juzgado por ese coloso de la crítica litera- ria, que vive entre vosotros, y se llama Menéndez y Pela-

yo, al cual podemos agregar á Fernando de Santa María Pulgar, de quien hablan con justo encomio los holandistas. En la Crítica tenemos, señores, verdaderas notabilidades: el P. Honorato de Santa María honra á una Orden, á un siglo y á una patria. En la lingüística tenemos al Padre Paulino de San Bartolomé, que escribió la primera gramática del Sanskrito, que tantas soluciones ha dado á los problemas de la Filología comparada, y de quien habla con entusiasmo y admiración Schiller, el profundo investigador de la unidad del lenguaje.

Astrónomos y matemáticos los tenemos tan grandes como Cavalieri, que sostuvo á Galileo Gallilei en sus vacilaciones, y el P. Jerónimo de la Inmaculada, á quien la ciudad de Génova le consagró una estatua. Cosmógrafos y marinos como el beato Dionisio, recientemente beatificado, que condujo felizmente la flota lusitana por los mares de la Oceanía. Arquitectos é ingenieros arrojan respectable suma.

Hacendistas como el P. Doria de la familia de los príncipes de Doria, que salvó á la Hacienda española de una segura bancarrota, en tiempo de Felipe II. Su autógrafo está en el archivo de la Biblioteca Nacional. Si queréis averiguar el interés con que la Orden ha mirado siempre las ciencias naturales, determinad el interés que supone el haber excitado las aficiones del Dr. Velasco, el fundador del Museo Antropológico de esta Corte. El Dr. Velasco se educó entre nosotros. La excomunión le separó, pero la primera formación de su ciencia, en nuestros claustros la tuvo.

En esta velocidad vertiginosa de la presente reseña histórica, no puedo prescindir de un descanso; quiero fijarme en una línea profunda, imborrable, que forma el distintivo de la fisonomía científica Carmelitana, rasgo privativo nuestro. Hablo, señores, de la literatura mística; Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, son los

Maestros de los doctores en esa facultad, Maestros de San Alfonso María de Liguori, Maestros de San Francisco de Sales, del celeberrimo Bossuet y del dulce Fenelón. Maestros de las Ordenes religiosas en esa disciplina escondida. Ciertó, señores, que Dios parece se ha complacido en la permisión de que todas las Ordenes religiosas más insignes tomaran parte en la preparación de esos espíritus que brillan en el firmamento de la Iglesia como el sol y la luna en el firmamento material. Los Dominicos, los Franciscanos, los Jesuítas, los Agustinos, todos han puesto algo en la formación de Teresa de Jesús; pero ella, con aquel corazón tan agradecido que por una *sardina se dejaría sobornar*, ha pagado con generosidad, con magnificencia á sus Ordenes bienhechoras, educando desde el noviciado el espíritu místico del Dominico, del Franciscano, del Jesuíta y del Agustino. La influencia de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz bajo este punto de vista es colosal, pues además de las Ordenes citadas, todas las posteriores, los Redentoristas, con San Alfonso al frente; las Salesas, con San Francisco y la beata Chantal, beben á torrentes de esos mares inagotables de doctrina elevadísima y profunda que los dos teólogos Carmelitanos recogieron en el álveo inmaculado de *El Camino de Perfección*, de *El Castillo Interior*, de *La Subida del Monte Carmelo*, de *La Noche Obscura*, de *El Cántico Espiritual* y de *La Llama de Amor viva*. He leído, señores, muchas obras de espíritu y he sacado esta consecuencia. Autores de Ascética hay muchísimos; pero apenas que el alma sale de las mantillas de la meditación ordinaria, se acuerda siempre de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, lo mismo en España, que en el extranjero; lo mismo el religioso, que el secular; lo mismo el Carmelita, que el Jesuíta y el Dominico; lo mismo el Obispo, que el simple sacerdote; lo mismo el doctor particular, que los doctores de las Congregaciones romanas, ó lo que es lo mismo, hay una disciplina en la

ciencia humana en que la Orden del Carmen ejerce una dictadura universal sobre todas las mentes y corazones más elevados del Catolicismo.

He observado además que desde San Ignacio de Loyola, las Ordenes religiosas que han ido apareciendo han recibido una influencia de dos fuerzas convergentes en el fin de cada Instituto. Esas fuerzas están representadas por San Ignacio y Santa Teresa. De San Ignacio toman el regimen de sus Colegios é Institutos y lo que pudiéramos llamar el principio de la vida espiritual. De Santa Teresa, las elevaciones de esa misma vida. Hay un punto, sin embargo, en que se confunden las dos influencias. Ese punto es la Ascética. Porque allí donde termina Ignacio, empieza Teresa. Por eso no es extraño ese misterioso consorcio que se ve, sea en las Iglesia, sea en los Locutorios de las HH. Carmelitas de la Caridad, de las Terciarias Carmelitas, de las Teresianas, de las Adoratrices, de las Reparadoras, de las Esclavas del Sagrado Corazón, de las Religiosas de los Sagrados Corazones, del Servicio doméstico, de las Esclavas de San José y de las Agustinas de la Asunción. Me refiero á que todos estos Institutos modernos tienen en sus Iglesias un altar para Teresa y otro para Ignacio, y en sus Locutorios una imagen de Ignacio y otra de Teresa, lo cual significa, á mi entender, que los referidos Institutos explícitamente confiesan que los sustentan estas dos columnas, y que los dominan estas dos fuerzas: Santa Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola.



Dejemos ya estas sabrosas investigaciones. Otros puntos de vista nos esperan. La Orden Carmelitana obra, ejecuta, realiza, y se esconde. Apenas observa que sus creaciones pueden vivir por sí solas, les da la autonomía. Pa-

rece decirles á cada uno: Ya tienes vida. Saliste de mi seno. Te has hecho adulta. Vive muchos años. Eres carne de mi carne, y hueso de mis huesos, te has desarrollado con mi calor, en tus venas llevas inoculada mi vida. Te agradeceré tus recuerdos, pero tus olvidos no me intranquilizan.

Me refiero, señores, al espíritu organizador de la Orden Carmelitana. En el largo periodo de su existencia ha organizado mucho. Esta investigación pertenece á la Sociología. De su seno salieron ó en sus prácticas se inspiraron los grandes organizadores de la vida religiosa San Antonio y San Basilio. Aquel monje llamado Romano, que dió el hábito á San Benito (1) en Sublaco, y que tanto le consoló y sustentó, era Carmelita, si bien muchos monasterios del Occidente, como el de San Claudio de Lion, abrazaron más tarde la regla de San Benito. Pocos de vosotros sabéis que la Orden militar de San Juan de Jerusalén, nobilísima y celeberrima en los anales del mundo, salió de nuestro seno. La instituyó Gerardo, Carmelita hospitalario de Jerusalén. También ignoráis que fueron dos Carmelitas, dos sociólogos, dos políticos eminentísimos, que repetidas veces despreciaron las mitras y capelos, de los cuales el uno pasaba horas enteras conferenciando con los más renombrados mantenedores de las controversias de *Auxiliis*, P. Valencia y P. Lemos; el V. Juan de Jesús María, español y calagurritano, hombre que llevaba de frente toda clase de ciencias, en cuyo sepulcro de San Silvestre oró por la Iglesia el inmortal Pío IX, y el otro el no menos venerable Pedro de la Madre de Dios, íntimo confidente de Belarmino, confesor de tres Pontífices y de dos Cónclaves, orador brillante que llenaba los pueblos en pos de sí, como Jesucristo, *si licet in parvo exemplis grandibus uti*, mente privilegiada, de quien dijo Baronio que era el cerebro mejor dispuesto

(1) San Gregorio: *Tres diálogos*, cap. I; Bostius: *Specul. historial.*, lib. 5, cap. X et LXXIII, y Lezana: *Anales*, tom. III.

que conoció Roma en su tiempo. Un español, señores, un aragonés. Esos dos desconocidos fueron los que consolaron, animaron, fortalecieron, defendieron á San José de Calasanz, y los que con su inmensa representación é influencia con los Papas, Cardenales y aristocracia romana obraron el prodigio de que la obra eminentemente civilizadora de las Escuelas Pías no naufragara en aquellas porfiadas é imponentes borrascas que se levantaron para sumergir al Santo fundador. El V. Juan de Jesús María escribió un libro sobre la educación de la infancia, á ruegos de San José. Podéis leerle en la colección de sus obras (1).

Por su parte, el V. P. Pedro de la Madre de Dios organizó la vida monástica de las Reformas de los Trinitarios y Agustinos.

Otro aragonés, confesor de San José de Calasanz, el V. P. Domingo de Jesús María, funda el Instituto de las Oblatas del Santísimo Redentor en la Lungara. Es el mismo que fundó en esta Corte, calle de Alcalá, el convento é Iglesia de San José.

Nada os diré, señores, de nuestras Misiones. Pero os suplico que me dispenséis si insisto en haceros otra revelación. ¿Conocéis la obra de la Congregación de Propaganda fide? ¿Habéis pesado en la balanza de un recto criterio lo que significa ese organismo extendido por todo el mundo y que exclusivamente se ocupa en la civilización del salvaje; del negro del interior del Africa y de los diversos matices de esas razas más ó menos negras que se extienden por el continente africano y los archipiélagos de la Oceanía? De ese organismo que atiende con la misma solicitud á las razas amarillas del Asia, que á las cobrizas de América, y á los pieles rojas de las llanuras de los Estados Unidos? ¿Habéis considerado los gastos, los dispendios de personas y de dinero, que la Iglesia Cató-

lica suministra para sostener y propagar la civilización cristiana entre todas esas razas de todos los colores del iris y á quienes desprecia la más refinada filantropía?

¿Y cómo se ha formado ese organismo? ¿Ha brotado por generación espontánea? Desde luego, señores, que tal como ahora se encuentra bajo la prefectura de una gloria Carmelitana, del prudente, del Cardenal matemático Eminentísimo P. Gotti, representa una suma considerable de inteligencias organizadoras; pero aquel que dió el diseño, formó los planos y ejecutó las primeras evoluciones y se lanzó á las primeras conquistas civilizadoras, fué ese mismo aragonés, honra de la Iglesia, de su nación y de su Orden, el V. P. Pedro de la Madre de Dios. A él le encargó su esclarecido penitente el Pontífice Clemente VIII el cuidado y vigilancia sobre esa fracción de la humanidad que ó apostató de la fe ó no la había conocido aún. A la muerte prematura (¡¡cuarenta y tres años!!) del venerable Padre Gregorio XV, creyó oportuno formar la Congregación de Cardenales que llevasen el enorme peso de la propagación de la fe, que el P. Pedro llevó solo sobre sus hombros durante varios años. En su epitafio se lee: «V. P. Fr. Petrus á M. D. Aragonius. Carm. Discale... Generalis... *Fidei, per totum Orbem, propagandæ Apostolica autoritate curam geuens...*»



El espíritu organizador de la Orden se ha manifestado repetidas veces, además, entre los mismos seglares, congregándolos para las prácticas de la vida de piedad que tanto han fomentado el espíritu Mariano y eucarístico. La Orden del Carmen es esencialmente Mariana. Su historia es la odisea de la Madre de Dios. Ya antes que esta Señora viniese á la tierra la vaticinaron nuestros Profe-

tas, viéndola con tal intuición, que la hacen objeto de su culto, hasta el punto de ser su mágica idea el alma de la Congregación profética; de ese tronco ideal brotó el árbol; de ahí tomó la savia. Los Carmelitas antiguos y modernos son gotas de rocío desprendidos de esa fecunda nube. Aquella Señora, que tanto contribuyó al rescate del hombre, tuvo en los hijos de los Profetas su sinagoga pequeña. Ellos prepararon el mundo para recibirla. Es esta, señores, una de las inefables delicadezas de Dios respecto de su futura Madre. El símbolo de los Profetas tiene tres artículos. «Creo, dicen, en la unidad de Dios, en el Mesías futuro y en la perpetua virginidad de su Madre.» Por eso llevan su fe donde quiera que van. Llegará la dispersión de las diez tribus de Israel y en ese torbellino serán lanzados como átomos por el universo varios monasterios de elianos; pero ellos sabrán grabar sobre la dura piedra de sus moradas aquella inscripción encontrada en las Sallios *Virgini paritusæ Druides* (1). No es ésta la ocasión para narraros las relaciones mutuas de la Virgen María y de su Orden, durante su vida, relaciones tiernas, sentimentales, que hacen derramar lágrimas de alegría inenarrable; pero no callaré esas honras inestimadas de haber sido la Orden quien levantó el primer templo á la Inmaculada María, de haber sido la Orden la primera en tributarla culto, de haber sido la Orden quien defendió vigorosamente el dogma fundamental de las glorias marianas la *Maternidad divina* de María, de haber sido la Orden quien introdujo en la Iglesia la fiesta de la *Natividad* de María (2). Tampoco puedo callar, ni pasar en silencio que el misterio de la Concepción Inmaculada fué venerado en la Orden y celebrado con pompa extraordinaria muchos siglos antes que apareciesen las controversias concepcionistas, como una

(1) Véase la curiosa disertación del P. Matías de San Juan, tomo 1, *Hist. paneg. Ord. Carm.*

(2) Bula de Sixto IV, en la cual refiere otra de León IV.

fiesta propia de toda la Orden, y á la cual concurrían *de more* los Cardenales y Prelados romanos (1). Sí, señores, y no sólo esto, leed á Bostio (2) y quedaréis persuadidos, ante sus serias investigaciones litúrgicas, que las fiestas Marianas de la Purificación, Visitación y Anunciación traen su origen de la Orden llamada con tanta propiedad de María. Y como si esto fuera aún insuficiente, para satisfacer la devoción Carmelitana á la Madre de Dios, su fundadora y patrona, como dice Pío IV, extendieron su acción á magnificar todo lo que la pertenecía. San Joaquín y Santa Ana, y especialísimamente el culto de San José, que tan grandes proporciones reviste hoy, nuestros son. Las almas josefinas son deudas á la Orden Carmelitana de los favores y consuelos que reciben de tan universal protector. Ella le dió á conocer.

Cierto, que la Virgen María, en estas luchas de amor, no sufre ser vencida, y nos ha enriquecido con privilegios y favores que, por estar en la conciencia de todos, no los recuerdo, y paso á deciros que, en obsequio de la brevedad, no os cito más obras eucarísticas salidas del espíritu organizador de la Orden, que esa extraordinaria, que ya llena al orbe cristiano, la Adoración nocturna, y otra de la cual todos sois testigos y no sabéis quién la fundó: el Alumbrado del Santísimo Sacramento, establecido aquí en Madrid. La primera trae su origen del V. P. Agustín del Santísimo hebreo convertido, y Carmelita muerto hace poco tiempo en olor de santidad, y cuyas armonías de artista habréis oído más de una vez en nuestros templos, impresas en sus Misas y Cantos eucarísticos. La Congregación del Alumbrado la estableció el V. Eliseo de San Jerónimo, con tan gran acierto, que todavía vive y vivirá para fortalecer la fe de las almas elevadas.

*
* *

(1) Véase los actos del Cap. general de Franckfort, 1393.

(2) Lib. de Patronat. Bentissima Virg., cap. XIII.

Hasta ahora hemos estudiado la exuberancia de vida científica y espiritual, que derrama por sus poros la gloriosa Orden de los Profetas, creando organismos nuevos, ó sustentándolos con su apoyo. No debe pasar desapercibido otro fenómeno contrario, que pudiéramos llamar de endósmosis ó para hablar con claridad, debemos analizar, rebatiendo de paso un grosero error, la vida de esas otras Congregaciones que tanto brillan en la moderna sociedad, que tan útiles son á la cultura y que la divina Providencia ha ingertado en este árbol secular, para que reciban de él el jugo vivificador, la savia que les alimenta.

Se ha dicho á la Orden Carmelitana: «No significas nada.» Y se les ha preguntado á los detractores: ¿Por qué? Y han contestado: «Porque no enseñas.»

¡Señores! Si es lícito enojarse alguna vez, encuentro justificado el enojo de aquel que como yo tenga que sincerarse de semejantes imposturas. ¿No es enseñar, pasar cada día en el confesonario tres y cuatro horas consolando tristes, enjugando lágrimas, destruyendo odios y uniendo voluntades? ¿No es enseñar la constante predicación de la divina palabra en que muchos Carmelitas consumen su existencia? Volved la vista al pasado, y durante diez siglos la Orden sostuvo la elevación de la cultura israelita, que marchaba al frente de todas las civilizaciones pasadas. Recordad la obra de los primeros siglos cristianos en que solos los Carmelitas, en compañía de los hombres apostólicos, educaron al mundo. Corred con vuelo de águila los siglos medios y la antigüedad cristiana y sorprenderéis al Carmelita, al Agustino y al Beneditino librando de las horrorosas irrupciones de los Bárbaros la cultura romana, y la cultura griega con la ímprobable labor de copiar los filósofos, los literatos, los oradores, los poetas, los Santos Padres y las Escrituras Sagradas. Volved vuestras miradas al presente y contemplad ese trabajo de cíclopes de la inteligencia, nuestros misioneros que

sostienen florecientes Universidades, Colegios y Seminarios en la Siria, en el Rajput, en Quilon y en las costas de Malabar. Id á las Américas y veréis al Carmelita regentando Parroquias, extendidas por un campo de cuatro y cinco leguas, como sucede en Cuba, y decidme, si no es esto, ¿qué es enseñar?

Y aquí mismo en Europa, ved esas ramas de las Carmelitas del Sagrado Corazón, hijas de la gran reformadora de la gran mística Santa Teresa de Jesús, trabajando según las exigencias modernas, en Alemania, Holanda, Inglaterra é Italia, resolviendo una parte del problema social, educando exclusivamente al hijo del obrero, y habilitándole por el trabajo á salvar la cumbre de los más altos puestos sociales. Ved á las Terciarias Carmelitas de la enseñanza adheridas al mismo tronco, llenando en todas partes del mundo multitud de vacíos que la Sociedad no quiere ó no puede llenar. Y ved, en fin, esa otra rama espiritual, vigorosa, floreciente, de hondo sentir y pensar Carmelitano, que ha venido á completar los deseos y el pensamiento de Santa Teresa de Jesús. Me refiero á las HH. Carmelitas de la Caridad, cuyo programa de vida está lleno de abnegación, de profunda religiosidad, de severa disciplina y sabia dirección, mientras que sus programas de enseñanza nada dejan que desear á las lícitas aspiraciones de la vida contemporánea.

Estas vírgenes, señores, abrazan en su plan y ejecutan con admirable exactitud las distintas evoluciones, que exige la caridad cristiana. Ellas atienden en 150 colegios y hospitales que poseen en España, lo mismo á las necesidades de los enfermos, que á las impertinencias de los ancianos, que á los peligros amenazadores de la inocencia de innumerables jóvenes del sexo débil. Como los ángeles protectores se desvelan acudiendo á esos otros ángeles que crecen en todos los hogares de las distintas clases de la sociedad. Tienen programas para la hija del obrero, y

programas para la clase media y programas para la aristocracia. Están entre vosotros, ahí los tenéis. Visitad sus colegios y quedaréis admirados de la disciplina dulcemente severa, y severamente dulce con que educan á esas niñas, que los encomendáis. Como artistas del espíritu humano le modelan, gravando en él la imagen de Jesucristo, cuya influencia arcaña les hace aptas para ser en su casa los ángeles de las armonías familiares, custodios de la paz doméstica, y mujeres, en fin, según el corazón de Cristo, virtuosas, prudentes, y económicas. Yo amo esa Congregación porque veo en ella una educación sólida, una abnegación sin límites y el fruto de una dirección inteligente; admiro ese Instituto, porque en medio de toda esa actividad externa que las religiosas desarrollan, viven, sin embargo, en la más sublime espiritualidad de las hijas de Santa Teresa, en el olvido del boato mundanal, que bien puede introducirse en los claustros con ropaje de religión; las aprecio en suma, porque en esos colegios, se ve, se palpa la sombra de Santa Teresa de Jesús, que vaga por ellos inspirando á las maestras un espíritu de hondo desasimimiento, de oración continua, *de afabilidad teresiana*, de exactitud en todo é inspirando á las alumnas sentimientos de sumisión, de respeto, de obsequiosa reverencia tan raros ya en los mismos niños desde que en la sociedad ha extendido su atmósfera el espíritu de rebeldía. Sí, lo repetido, sin hipérboles ni exageraciones, las Carmelitas de la caridad son sencillamente admirables. Merece un agradecimiento y recuerdo sincero el Ilustrísimo Corcuera, alma Carmelitana, por haber ingertado el Instituto de la madre Joaquina y P. Olot á la Orden de María. La Orden, por su parte, le recibió con entusiasmo cariñoso comunicándole los privilegios y gracias espirituales que en tantos siglos ha acumulado. Los efectos lo dicen. La savia del Tronco circula bien por la Rama (1).

(1) El movimiento civilizador y benéfico de este interesantísimo Insti-

Aun nos resta examinar otra nota de este concierto entre la cultura y la orden de los Profetas. Hablaré de sus campañas patrióticas y españolistas. Nosotros no queremos intervención ninguna en el Gobierno de los Estados. Miramos con indiferencia y á veces compadecidos el pugilato de los políticos; empero, desde que se ha tomado á la ciencia Política como arma de ataque contra la Iglesia, ningún Carmelita puede ser indiferente en las cuestiones políticas que se refieren á la Iglesia. Como teólogos y moralistas, esas cuestiones entran de lleno en nuestra esfera; como defensores de la Iglesia, debemos estudiarlas; y como hijos sumisos de tan amable señora, debemos resolverlas según sus dictámenes. Por esto, cuando se trata de partidos políticos ó sea de fracciones que se disputan el Poder nacional, bajo banderas secundarias, nosotros nada hacemos, porque nosotros ni somos de Cefas, ni de Apolo, ni de Pablo; ningún corifeo de esas banderías derramó su sangre por nuestra redención. Más cuando se tocan en las discusiones los asuntos íntimamente relacionados con la Iglesia de Cristo, entonces debemos defender á Cristo lo mismo en las cátedras que en los púlpitos, lo mismo con la pluma que con la palabra, porque Cristo, si, Jesucristo murió por nosotros y nos redimió con su sangre. Y en esta defensa señores, entendemos, que el criterio más cierto para formar nuestros juicios, y la norma de conducta más segura para realizarlos, es la Autoridad eclesiástica. Por esto, no conocemos en estas cuestiones otro magisterio auténtico, que el del Episcopado. Roma habla y hablan los obispos. Luego, por nuestra parte, la cuestión ha dado fondo. Nuestra adhesión á esos dictámenes, son sinceros.

tuto puede calcularse por la siguiente estadística, verdaderamente sugestiva. Durante el año de 1910, han educado á 37.427 niñas y asistido á 5.723 albergados y enfermos. Arrojan en conjunto la respetable suma de 43.150 las personas que han recibido su influencia de paz, resignación y cultura de las HH. Carmelitas de la Caridad en el año pasado de 1910.

Los introducimos en nuestra inteligencia y en nuestro corazón, y los traducimos en obras, seguros de cumplir con ello las divinas voluntades.

Y si permanecemos mudos expectadores, contemplando los tristes espectáculos que dan con sus soluciones á las cuestiones meramente políticas los hombres de Estado, nunca estuvieran en pasiva actitud, ni nuestros mayores, ni nuestros contemporáneos, cuando sea por los desaciertos de los políticos ó sea por la ingerencia de elementos extranjeros, ha peligrado nuestra independencia nacional. No dudaron un momento aquellos Elianos de la antigüedad acerca de sus deberes de patriotismo, cuando peligró la nacionalidad judáica, combatida por los usurpadores. Al punto, aquellos anacoretas abandonan el desierto y se convierten en bizarros campeones de las santas causas de Dios y de su Patria. A las órdenes de Matatías el Macabeo, ofrecen sus bienes materiales y derraman su sangre en el campo de batalla y en las prisiones de Alcimo. La Ley circular de la historia, señores, trae á la Cristiandad circunstancias análogas en tiempo de las Cruzadas y ya sabéis lo que hizo el hospitalario Gerardo, funda la Orden de San Juan de Jerusalem, que tantos estragos hizo en los invasores islamitas. Reaparece de nuevo la misma Ley en nuestra España, á principios del siglo pasado, con las invasiones napoleónicas, y de nuevo los Carmelitas abandonan el claustro y se hacen soldados. Cuanto más religioso es el hombre, más se gravan en su corazón esos santos amores el amor de Dios y el amor de su Patria. De este modo contestamos á las imposturas de nuestros enemigos. El movimiento se demuestra andando, y el patriotismo, tomando la Cruz, sola, si sobran brazos que sostengan las armas, para arengarlos en nombre del signo de nuestra Redención, y llevar el convencimiento de un deber sagrado al ánimo de los hombres del heroísmo de Marte, y si faltan brazos, tomar el cruci-

fijo en una mano y el fusil en la otra, para arrojar á los usurpadores más allá de los límites de nuestras fronteras en las grandes crisis, que conmovieron ó conmuevan en lo futuro las bases de nuestra nacionalidad. El Crucifijo señores, da fuerzas para todo lo grande. Sin él, no hay más que palabras. Nuestros adversarios que no tienen Cristo, no son más que enormes cajas de resonancia, hablan y no hacen, no dan y amenazan. Les falta una cualidad: El valor.

*
* *

Otra forma del patriotismo Carmelitano, más modesta, de menor ruido, pero más eficaz, en mi concepto, es su acción, que yo llamo españolista. Acción extendida por toda la América, tan silenciosa y apacible, tan eficaz y fecunda como la influencia del rocío en los pétalos de la flor, y en la raíz de la planta en esas noches de un prolongado estío. Como la sociedad no aprecia, ó no se da cuenta de esta labor, no será inútil que os recuerde lo que hacemos en América en bien del Comercio, y de las mutuas relaciones entre la madre España y aquellas Repúblicas, y como esta acción ha sido y es semejante en todas, me circunscribo á referiros lo que hemos hecho y continuamos haciendo en la Perla de las Antillas.

Durante la guerra de emancipación, nuestros religiosos acompañaron á nuestros soldados. Intimamente unidos con ellos en los mismas ideales é idénticas esperanzas, se veía al religioso en el mismo campo de batalla administrando los Sacramentos, alentando al soldado, consolando sus tristezas y curando sus heridas. Por los servicios de este género en los hospitales militares, dos religiosos fueron condecorados con medallas y cruces de Beneficencia.

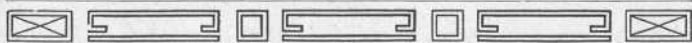
Después de la guerra deshicimos los odios y fomentamos el amor á la Metrópoli. Al terminar aquella campaña autonomista no se podía hablar en Cuba de las grandezas de España. Había fermentado el odio contra la Metrópoli en los pechos cubanos, exaltándoles hasta la embriaguez. En el apogeo de la exaltación había de celebrarse en nuestra Iglesia de San Felipe, la de mayor culto de la Habana, la fiesta del Santo Escapulario. Llena literalmente de oyentes, se preguntaban éstos, si era español el religioso que había de dirigir la palabra. Los prudentes temían. Los exaltados esperaban que todo terminase en un conflicto antiespañolista. El momento era angustioso. Pero ved, sube á la cátedra un hombre sincero, recto, de profundo saber, elocuente, como pocos, entre los muchos Carmelitas que han sobresalido en el siglo pasado y en el presente en el arte del bien decir. Se apodera con su mágica palabra de la inmensa muchedumbre, que le teme ó le respeta. Jamás se oyó en la Habana una apología mejor hecha de la desgraciada España. Habla con valor. Entusiasma. Electriza. Los cubanos rebeldes, que habían ido allí para continuar su campaña de odios, reconocen los beneficios de aquella Patria tan generosa que les dió su propia vida. Termina el acto religioso, tan grávido de tempestades, en calma serena. Aquellos pechos animados de rencores intemperantes, rechazaron su pasión. En su lugar encendieron la llama de los amores á una nación que estrechó sus límites para darles á ellos la libertad. Aquel Carmelita que obró este prodigio fué el M. I. P. Aurelio de la Orden Carmelitana, hoy Obispo de Cienfuegos.

Veo entre mi auditorio la venerable silueta de varios jefes de nuestra marina de guerra. Ellos saben perfectamente bien el entusiasta y fraternal recibimiento que los oficiales y alumnos de la Escuela de Guardias Marinas tuvieron en la Habana en el viaje de la *Nautilus* á aquellas

playas, antes nuestras y ya entonces extranjeras. Pues á aquellas brillantes recepciones, fiestas y agasajos contribuyeron, en gran parte, los Carmelitas españoles, preparando los ánimos, escribiendo en *El Diario de la Marina* y magnificando entre el pueblo el carácter español y las glorias de nuestra Armada. Los jóvenes oficiales conservarán durante su vida el recuerdo de San Felipe, de la Habana.

Cada Parroquia americana regentada por nuestros sacerdotes, es un centro de españolismo de eficacia reconocida. A esos Párrocos regulares se debe, en gran parte, el predominio de España sobre las demás naciones europeas en las Repúblicas de América. Ellos, en estrecha intimidad con el pueblo, consuelan á los afligidos, pacifican las discordias, estrechan los vínculos de las familias, esterilizan los gérmenes de odios provenientes del mal comportamiento del emigrante español y promueven las ideas útiles para el bienestar de las colectividades. Sabido es que los Seminarios americanos mueren de anemia. Faltan vocaciones para el Sacerdocio, de donde resulta que allí las Parroquias se proveen del clero regular cuyos individuos atraviesan los mares y penetran en el Continente americano. Nuestros religiosos, sea por la simpatía que tiene en aquellas países nuestro hábito y nuestras Congregaciones, sea por cualquier otro motivo, siem pre han inspirado á los naturales de aquellas tieras una ilimitada confianza, viven alegres bajo la paternal dirección del Párroco Carmelita, y como éste lleva en su persona una encarnación de España, el americano venerando al Párroco religioso, envía un recuerdo de bendición á la Madre Patria.





III

El Porvenir.

¿Y cuál será el porvenir de la Orden Carmelitana? La hemos considerado á grandes rasgos en su origen, mostrándonos allí como una aparición providencial. La hemos considerado en su acción, y desde sus orígenes se nos manifiesta como un inexpugnable baluarte, como un indestructible punto de apoyo, como un firme sostén de las grandes elevaciones teológicas, litúrgicas, morales y sociales que alcanzó el pueblo hebreo. La Orden ha representado durante muchos siglos una reacción constantemente defensora de los adelantamientos de la cultura y constantemente agresiva contra el imperio de todos los despotismos políticos.

Más tarde, sin abandonar esa línea característica de su fisonomía, recobra energías nuevas con la venida del Justo. En compañía de los Apóstoles y con el auxilio de Dios se lanza á la conquista del mundo pagano. Enarbolando el ensangrentado estandarte de la Cruz le clava en las naciones de Europa y de las costas septentrionales del Africa. Salva de naufragio inminente el opulento saber de griegos y romanos, colaborando con las otras Ordenes monacales.

He señalado como un hecho histórico el punto de partida y el desarrollo, el origen y el progreso de sus expan-

siones vitales: y, naturalmente, que después de esta laboriosa é interesante investigación, y después de hacernos cargo de los grandes peligros que amenaza á las Ordenes religiosas, se pregunta uno, casi emocionado, ¿qué será de este organismo treinta veces secular, tan mal estudiado y peor comprendido en las grandes crisis sociales y religiosas que se avecinan?

El porvenir, señores, no pertenece al dominio de la Historia, y no podemos, pues, saber con certeza histórica cuáles serán las últimas evoluciones de la Orden Carmelitana en el mundo moderno. Sin embargo, es preciso recordéis que estudiamos un Instituto de Profetas, de hombres que leen en el porvenir y narran los acontecimientos futuros con tal certeza, que hacen historia anticipada de las cosas sujetas á su intuición. Las vicisitudes de la Orden en los tiempos advenideros sólo Dios las sabe en los detalles de los sucesos que formarán su tejido, pero con anticipación podemos asegurar que su existencia se extenderá hasta el fin del mundo, y que ha de tener un cuarto apogeo más brillante que el apogeo teresiano, tan largo y porfiado como el apogeo profético, y tan fecundo y laborioso como el apogeo apostólico. Las fuentes de que me sirvo para llegar á estas conclusiones merecen la más ilimitada confianza, y desde luego os aseguro que la Orden de María será eterna.

¿Conocéis á Simón Metafrastes? Pues aquel severo historiador, antiquísimo biógrafo de los solitarios de la Tebaida (14 de Mayo) nos representa un monje, absorto en la contemplación de la majestad inefable del Dios, tres veces santo. Ese monje, venerable anciano, consumido por la edad y los desgastes del rudo trabajo, que había tenido en la reformación de la vida religiosa del Instituto del Carmen, penetra en el porvenir; la puerta de los tiempos se abren á su mente divinizada, y ve á sus hijos en edades entonces futuras, perseguidos

como fieras, en las provincias orientales, proscritos, desterrados, confiscados sus bienes, saqueados sus Monasterios arruinadas sus Iglesias, deshechas las Comunidades, dispersos los religiosos por montes y desiertos, entregados sin defensa al ataque de las jaurías mahometanas, y levantando al cielo sus esqueléticos brazos, y abriendo las válvulas de su corazón paternal, llora y suplica á Dios se compadezca de sus perseguidos, desfallece, entra en éxtasis delicioso y escucha estas palabras que le llena de consuelo.

«No desfallezcas; ámate, que esta semilla de tu Instituto no faltará en ningún tiempo, y se conservará hasta el fin del mundo.»

Aquel anciano, señores, era Pacomio; aquel que hablaba, Jesucristo.



La eternidad que aquí se promete á la Orden Carmelitana, es, como veis, una existencia no interrumpida hasta el último día del Mundo. Ahora añado que esta duración es un premio, una recompensa de un mérito y de una oración: del mérito y de la oración de Elías, nuestro fundador.

Yo, señores, soy así. Me dejo llevar por ese espíritu no sé si de investigación ó de curiosidad de que ya os hablé. Había leído durante mi niñez en el Santo Evangelio y en los libros de piedad la grandiosa descripción de la Transfiguración de N. S. Jesucristo, en la cual se nos dice que el delicioso Maestro, sumergido en el abismo de su luz divina, conversaba con Moisés y Elías sobre acontecimientos que habían de realizarse en Jerusalén. Sin duda que la Sagrada Pasión, Muerte y Resurrección pasaban por mi mente como realidades previstas por el Verbo de Dios y por

el Legislador de Israel y por el Profeta eucarístico. Mas siempre creí ver en aquella conversación un fondo oculto de ciertas particularidades no interesantes á la Iglesia universal. ¿Cuál sería este fondo? El deseo de averiguarlo me impresionaba. Cierta día, durante las serenas y plácidas horas de mi noviciado, de tan agradables recuerdos, estudiaba yo con verdadero interés la Historia de la Orden en que había de profesar y leía la vida de aquella lumbrera del firmamento Carmelitano, teólogo profundo, exégeta sagaz, Arzobispo, Cardenal, legado á latere del Romano Pontífice en la Siria, mártir de Jesucristo, San Pedro Tomás, y se descubrió ante mis ojos el enigma. Era una noche de Pentecostés. La Orden atravesaba uno de tantos periodos de agonía como se lee en sus Crónicas. El Santo se duerme pensando en las contradicciones de que era objeto la Orden Profética é implorando un nuevo apoyo de la Virgen María. Apenas había cerrado los ojos, oprimido de fatiga, se le aparece la Excelsa Señora y le dice: Confidito Petre: Ten confianza, Pedro, porque mi Religión del Carmen durará hasta el fin del mundo, pues ya en el Tabor imploró y consiguió de mi Hijo esta gracia Elías, primer Patrono de la Orden.» La Orden Carmelitana lleva, pues, en sí misma una fuente de vitalidad que no podrán arrebatarla sus enemigos. Los méritos de su fundador, la sangre de sus mártires, las oraciones de sus Santos, los sacrificios de sus Sacerdotes y las virtudes de sus Vírgenes, son la semilla que la hicieron renacer ya varias veces de sus propias cenizas. Jezabel asesinará los profetas. La Revolución destruirá por última vez nuestros Colegios y nuestras Iglesias, y derramará nueva sangre de Mártires Carmelitas. Pero pasó Jezabel y la Orden renace vigorosa, y pasará la revolución y con sus escombros levantaremos de nuevo nuestros altares y los Carmelitas del porvenir ofrecerán inciensos y sacrificios y cantarán en los himnos de su libertad las misericordias de Dios. «Hemos

pasado, dirán, por el fuego y el agua y nos llevaste al refrigerio.»



Ya colocada en estas orientaciones, la razón humana no se contenta con un conocimiento vago de la prolongada longevidad de esta venerable Matrona. Instintivamente se pregunta: ¿Y qué harán los Carmelitas en esos grandes trastornos sociales y religiosos que nos amenazan? ¿Hay alguna noticia particular acerca de esto?

¡Ah! señores, sí; la hay.

Tenemos en la literatura eclesiástica y católica dos Apocalipsis. El Apocalipsis de San Juan, que nos refiere al unísono con Malaquías las luchas y triunfos del grande Elías, en cuyas manos se deshará el corazón de mármol de un pueblo que lleva toda la responsabilidad de estas hecatombes humanas que nos contaron nuestros padres y que no son más que sombra de las que han de venir, y tenemos el Apocalipsis de Santa Teresa, la profetisa del Nuevo Testamento, cuyos vaticinios jamás fueron desmentidos. Aquellos que se leen en el cap. XL de su *Autobiografía* (1), se refieren á la Orden Carmelitana, como la misma Santa Madre refirió á la V. Ana de S. Bartolomé, la fiel confidente de los secretos de la Virgen de Avila. El grande Elías tendrá coadjutores en la conversión del pueblo hebreo, los cuales, sin duda, pertenecerán como él á la orden profética. Sois hombres de fe, y no insisto sobre la certeza de la aparición futura de ese gran testigo, gran Apóstol y gran Precursor. Él, como generalísimo de los ejércitos del Verbo, y acompañado de sus hijos, como lugartenientes, destruirá, con el favor de Dios, la causa eficiente de nuestras perturbaciones sociales. Los Directores de la

(1) Núms. 8, 9 y 10, edición Lafuente.

conjuración antisocial y anticristiana, que obran y dirigen en la obscuridad de las sociedades secretas, pertenecen á esa raza deicida. Animado el pueblo hebreo por una persistente idea, la aniquilación del Imperio Romano, cuyas cabezas cree ver en el Papa y en los Reyes de la raza latina, envuelve en el mismo anatema á nuestro Pontífice y á nuestros Reyes, cuya destrucción ansía como un supuesto necesario para el triunfo de sus Ideas religiosas. Y ved aquí el por qué la Revolución, aparentemente irreligiosa y racionalista, va empujada y dirigida por una idea religiosa. Los ejecutores inconscientes serán racionalistas; pero el Racionalismo, con todos sus derivados, es el arma que manejan diestramente inteligencias ocultas en la sombra, inteligencias religiosas hasta el fanatismo, inteligencias supernaturalistas, inteligencias creyentes, que excitan y desprecian las locuras de sus fascinados Renan, Strauss y otros mil, inteligencias, en fin, llenas de fe, sólo que su fe es la del Dios del Sina, no es la del Dios del Calvario, la de un Mesías guerrero, sanguinario y conquistador, rey de ricos, no la del Mesías vaticinado, manso, humilde de corazón, rey de los pobres y libertador del pecado, el Emmanuel, el Dios con nosotros.

Esta observación nos lleva naturalmente al análisis de tan importante labor que la Divina Clemencia realizará en el porvenir por ministerio de la Orden. Destruirán sus alumnos las causas perturbadoras de la paz social. Acabarán con los trastornos sociales, porque aniquilarán su fuerza impulsiva y Molora. Curarán el cáncer autonomista y libertario, que devora la tranquilidad de las familias y de los Estados, porque extirparán hasta sus raíces de las venas de la sociedad. El árbol orgulloso de la rebeldía filosófica y científica y el no menos soberbio de la impiedad, caerán destruídos de un solo hachazo, asestado en sus raíces ocultas por brazos Carmelitanos. El

pueblo hebreo, repitámoslo una vez más, es la causa de todas estas perturbaciones en que vivimos, y ese pueblo agigantará las grandes crisis del porvenir; pero ese pueblo será nuestra conquista. La Orden Carmelitana le amarrará al carro triunfador del Crucificado.



La conversión del pueblo hebreo será, quizás, el mayor beneficio que la Religión y las Sociedades reciben de la Orden en su cuarto y último apogeo al cual parece referirse el Apocalipsis de Santa Teresa, cuando asegura en uno de sus vaticinios, que estando en oración con mucho recogimiento, suavidad y quietud, y rodeada de ángeles, que hacían coro á su corazón de Serafin, entendió que su Orden *había de hacer un gran provecho á la Iglesia en los tiempos postreros*—y en otra ocasión—, *en los tiempos advenideros florecerá esta Orden.*

Y si en general es grandísimo este bien que los Carmelitas han de realizar, no lo conseguirán sino mediante una que pudiéramos llamar *crecida contribución de sangre*, porque la misma Santa lo dice: *Se me dió á entender... la fortaleza con que los della (de la Orden) han de sustentar la fe... habrá muchos mártires.*

Y no es sola la fortaleza pasiva la virtud con que han de llevar á cabo tan grandes hazañas, sino también una fortaleza agresiva, con valor heroico y entusiasta, lo dice el Serafin de Avila: «Otra vez estando en oración, se arrebató mi espíritu, parecióme estar en un gran campo á donde se combatían muchos y estos desta Orden peleaban con gran fervor, tenían los rostros hermosos y muy encendidos y echaban muchos en el suelo vencidos, á otros mataban. Parecíame esta batalla contra los herejes, (entiéndase racionalistas-protestantes-hebreos, etc.

Es preciso notar una circunstancia, que no puede pasar desapercibida. Aunque la Orden sea solidaria de los triunfos de todos sus mártires, y de todos sus doctores y de todos sus hijos, habrá, sin embargo, entre ellos, seis ó siete Carmelitas, que llevarán el peso de esas luchas, y que brillarán más que el resto de sus hermanos. Lo dice aquella mujer de los grandes heroísmos. Escuchadlo de nuevo: «Otra vez estando en Maitines en el coro se me representaron y pusieron delante seis ó siete, me parece serían de esta misma Orden, con espadas en las manos.» Son los mismos á quienes en otra ocasión vió rodeados de luz echando por tierra y matando á los enemigos de Dios.



Habéis escuchado, señores, los arrullos de la tórtola del Carmelo, y yo cierro con este broche de oro la presente Conferencia. El objeto que me propuse fué, como recordaréis, investigar la posición de la Orden Carmelitana en la historia del mundo y del Cristianismo. Vosotros juzgaréis si es digna de ocupar un puesto recomendable en el concierto de las sociedades que merecen un recuerdo en la Historia universal. Bajo el punto de vista universal-histórico ha adquirido laureles inmortales, que la Humanidad debe siempre conservar con respeto y agradecimiento. Después de un laborioso examen histórico-crítico á través del tiempo y del espacio, hemos sorprendido sus orígenes, de tan venerable antigüedad, que se remontan á mil doscientos años antes que las Ordenes religiosas empezaran á organizarse bajo formas nuevas. No repito nada de su acción civilizadora; educó sola al pueblo hebreo y educó con los Apóstoles al mundo cristiano. Esos dos rasgos de su fisonomía estremecen y abaten á todo pensador imparcial

con su majestad imponente. Hemos profetizado su actividad futura penetrando entre los densos nubarrones del porvenir, guiados entre las sombras por la luz que destellan las antorchas de dos Apocalipsis, escritos por los dos corazones más amables, más encendidos y cariñosos que han latido en pecho de hombre y de mujer, en el pecho del discípulo del Amor y en el pecho de la más insigne, de la más heroica mujer española y castellana, tipo espléndido de las magnificencias que puede derrochar el sexo débil; más fuerte que el hombre, cuando se trata de la virtud y de la gloria de Dios. De entre sus hijos saldrán los heraldos de la fe, los campeones de la causa santa, los que harán lujoso derroche de fuerzas intelectuales, morales y físicas en defensa de Jesucristo. Repetiremos todavía, señores, el final del Apocalipsis teresiano: *dichosas vidas que en esto se acaban*. Sí, dichosas las vidas que se acabaren defendiendo á Cristo. Probablemente estamos, en el presente momento histórico, en el principio de las hondas y prolongadas perturbaciones vaticinadas por estos dos profetas de la Iglesia católica, y en esta crisis, me deleito, recordándolo, dará la Orden Carmelitana el más grandioso de los espectáculos, que cantarán las generaciones futuras, porque cuando arrecie la lucha y los cobardes se escondan, como insectos, en las cuevas de sus casas, y los más serenos se asomen á los balcones y terrados, verán en las plazas y en las calles la más conmovedora de las grandes luchas, Allí verán el manto de María del Carmen, cobijando entre sus pliegues la fe del Crucificado, oirán la palabra de calor eliano que electrizará á las masas sinceras, caerán muchos de ellos, pero la victoria es suya, y Dios se valdrá de ellos para predicar de nuevo la fe y levantar el orden y el progreso social y reino de Cristo sobre los escombros de la Revolución.

¡Ah! ¡Sí! ¡Pasaréis, ciegos instrumentos de la rebeldía anticristiana! ¡Pasaréis! Pasaréis, progresistas jacobinos.

Pasaréis, racionalistas que perseguís la Orden de los profetas. Pasaréis todos, hebreos y hebraizantes. Pasaréis; pero esa Orden no pasará, su vitalidad la eterniza en la tierra para cumplir los más brillantes destinos.

¡Oh, repitamos tercera vez, señores, que voy á concluir. Dichosas las vidas las que se acaban defendiendo á Cristo! Y dichoso yo si alguna vez por defenderla sintiera el frío del afilado acero que penetrando en mi corazón le arrebatara su ritmo. Dichoso yo si en esas batallas sintiera extenderse por mi cuerpo el calor de mi sangre derramada por Cristo, y que la blancura de este manto quedara teñida con la escarlata de mis arterias rotas, y que mi sangre, unida con la sangre de Cristo, trajeran el bienestar y la paz de Cristo sobre estas naciones extraviadas.

Veo el terror pintado en vuestros rostros. No os asustéis, que sé lo que me conviene; y ahora, para que vuestro corazón no salga oprimido de este recinto y vaya cantando el viva de la victoria que nos espera, y desagravie las injurias que ayer mismo en el santuario de las leyes dirigió un desgraciado á la Virgen María, exteriorizad vuestros nobles sentimientos, no os acobardéis, repetid con entusiasmo:

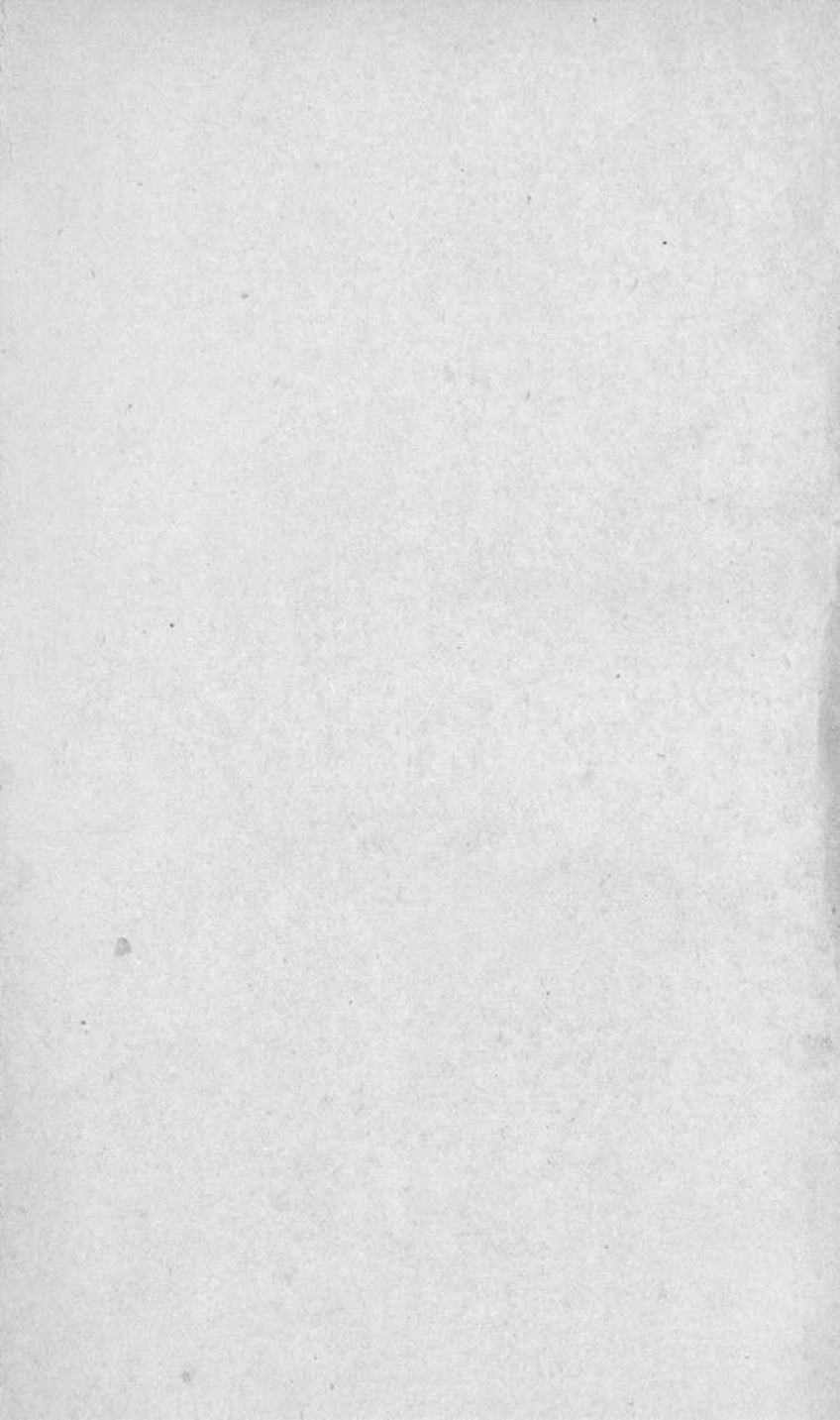
¡Viva la Concepción Inmaculada!

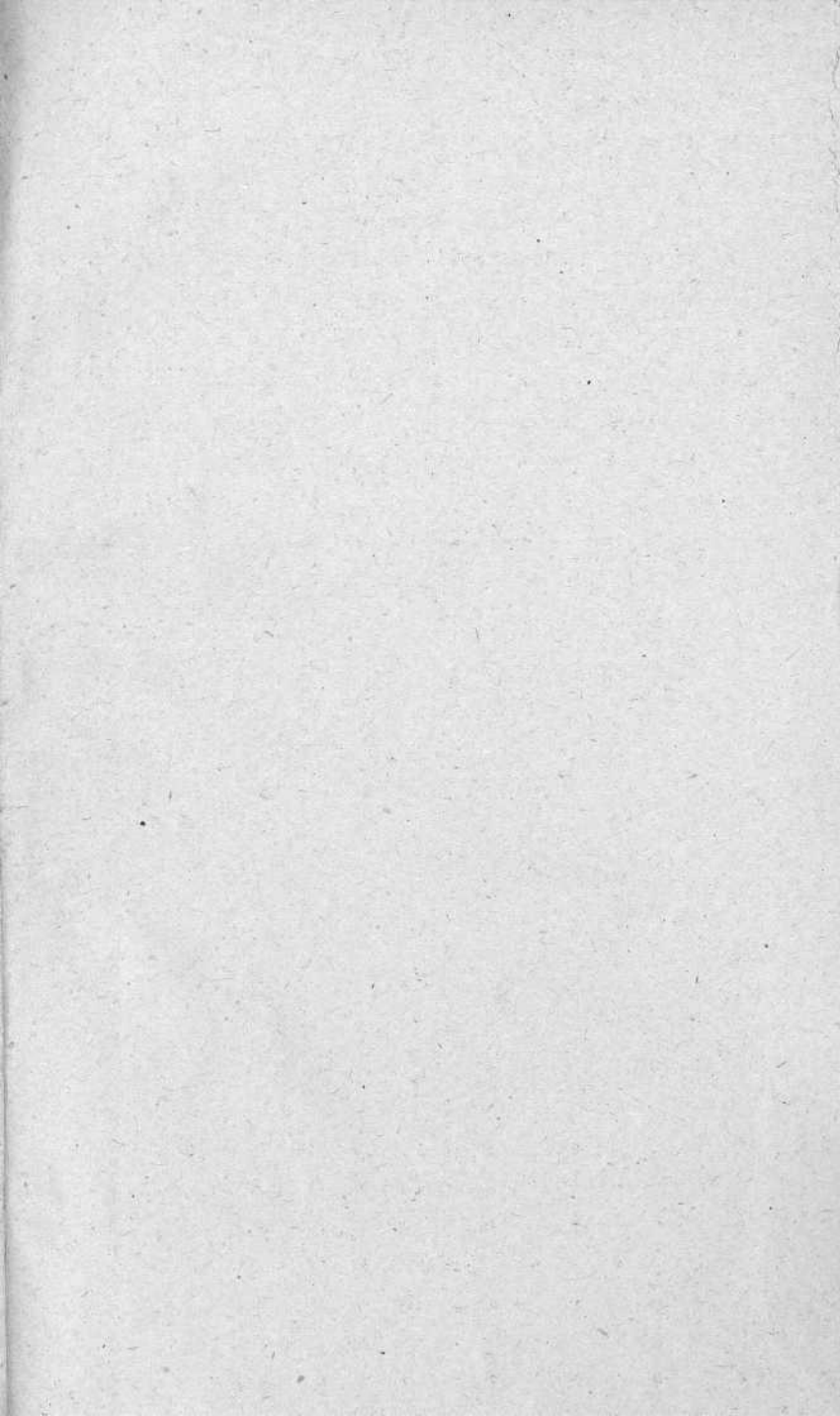
HE DICHO.

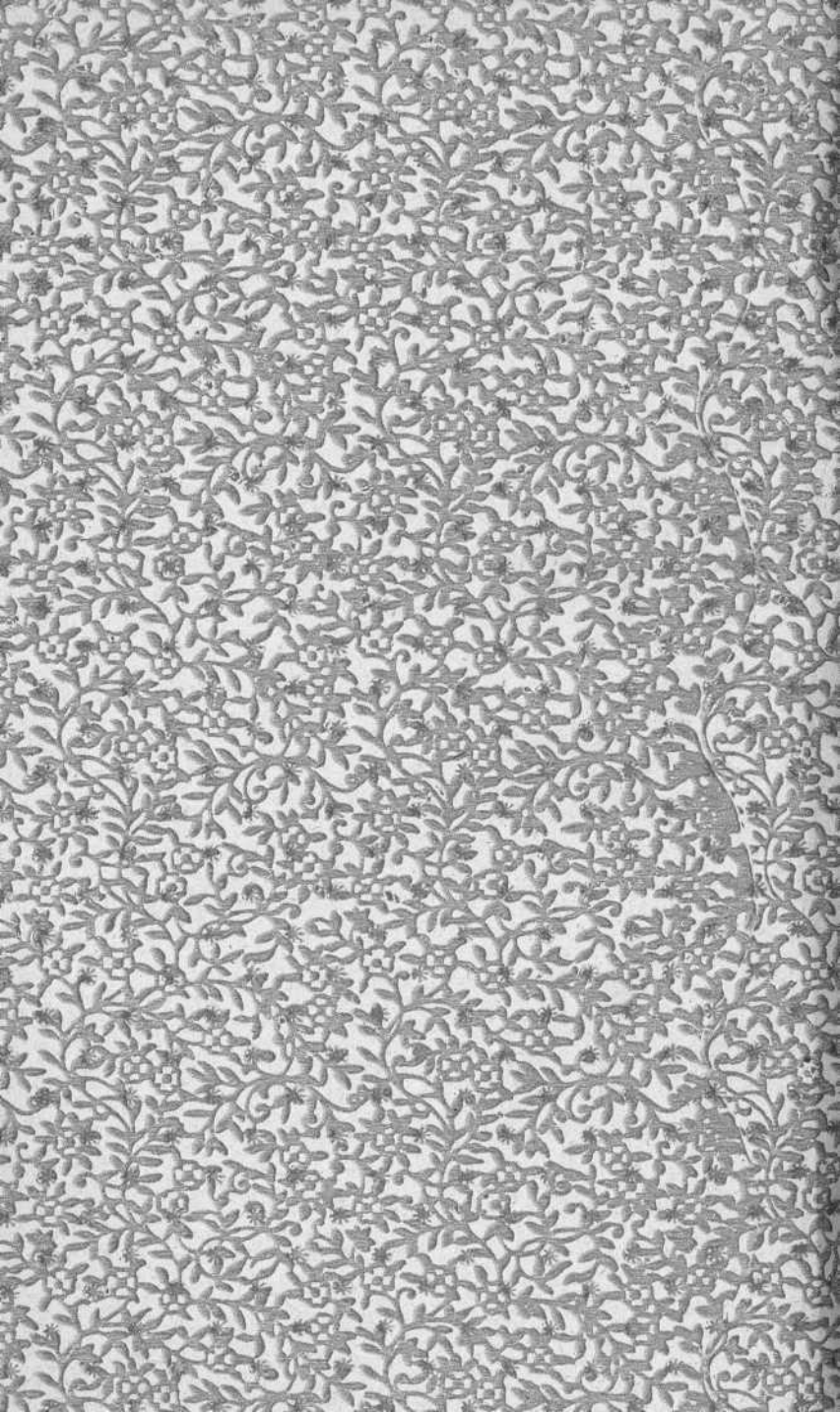












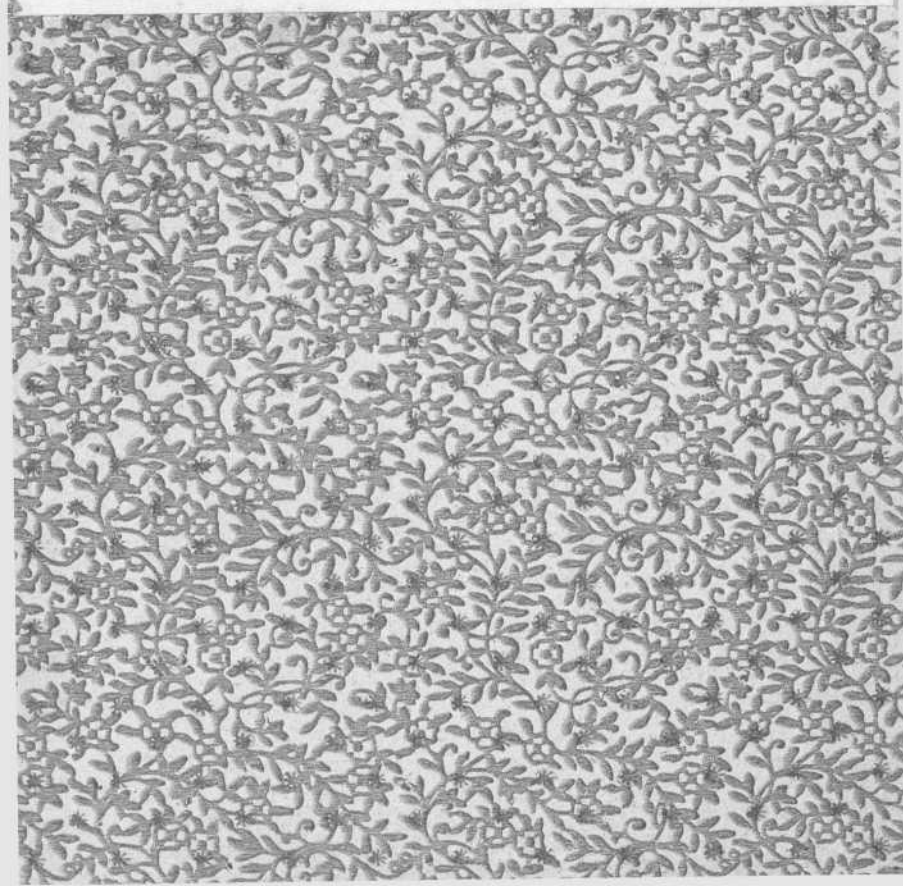
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN I V

Libros en los que se alude a Santa Teresa de Jesús,
citando textos relativos a sus Obras o a su Historia.

Número.....	173	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	1	Precio de adquisición.	»
Tabla.....	5	Valoración actual.....	»





INSTITUTION

DE

LA

MODERN

LITERATURE

